

EL INICIADOR.

PERIODICO DE TODO Y PARA TODOS.

"Bisogna riporsi in via"
"Es necesario ponernos ex camino."
(DEL ITALIANO.)

NUM. 2. MONTEVIDEO, MAYO 1.º DE 1838. TOMO 1.

ALEJANDRO MANZONI

..... *Su l'orma propria ei giace.*
—Manzoni—

Cuando los pueblos bajan de la alta elevacion en que los colocaron los siglos y sus hechos, parece que esa fuerza de reaccion todo debería arrastrar en torno suyo; hombres y cosas, destinos y recuerdos.

Móviles hay en la naturaleza humana que crean hoy para destruir mañana, acciones y reacciones, funestas, felices mandatos impenetrables del muy alto.

¿Dónde está el pueblo omnipotente por su fuerza, el pueblo que se llamó rey del mundo, el pueblo en fin que se decía eterno? Hallaréis una mancha, un punto indiferente en la carta europea; un vestigio que á la manera de toda ruina os indique el silencioso sitio en que fué.

Largas y amargas vicisitudes han jugueteado con la blanca cabeza de la Italia. ¡Ejemplo eterno de nuestra pequenez!

Joven la Italia tuvo sus heroes, sus sabios, sus poetas; la Italia vieja, debil, desgraciada, tuvo enemigos, algo más, tuvo tiranos. La Señora del mundo no pudo escapar á la ferrea ley de la edad; parecida á las mugeres bellas, á quienes el celibato les impidió ser madres, la Italia recojio las adulaciones de la suerte durante su juventud y belleza, para morir despreciada y sin hijos dignos de sus primeros padres.

¿Que nos queda, en efecto, del pueblo símbolo, del pueblo que representa la obscura idea del pasado? Tumbas, atrazo, tiranía. ¡Bello legado á la posteridad!!!

Como el espíritu del hombre aquejado por los años y los males, se debilita y hasta se extingue, así la Italia, con su fuerza material, perdió esa alta y profunda capacidad inteligente que también la hizo digna de llamarse la señora del mundo. Largo, inmenso es el período del envilecimiento del gran pueblo; los hombres, esos hijos impíos de una patria

infeliz, en cuyas manos, colocó el cielo, por desgracia, los santos destinos de los pueblos, esos barbaros, ahogaron la luminosa inteligencia de la sociedad más ilustrada de la tierra.

Pero la esperanza está en el centro del corazón humano, como la fé en el de las sociedades.—Un hombre Dios (permittedme esta frase) un hombre sobre cuya vida pesan largos y tenebrosos siglos, y cuyo nombre se presenta el primero en la aurora del renacimiento moderno, el Dante, padre legítimo de la *Joven Italia* del siglo XIX, ese hombre tiene un hijo querido, digno de él; este hijo es Alejandro Manzoni.

Nuevo, muy nuevo es el movimiento progresivo de la inteligencia italiana; el gran hecho de la Francia que cambió los destinos del mundo, y reasumió en tres días los laboriosos años de todo el siglo XVIII, reanimó á la Italia, que fatigada por sus largas desgracias, dormía inensata sobre las cadenas de sus amos. La Juventud, esa bella depositaria del porvenir del mundo, esa planta tierna, pero llena de vida y de poder, abandonándose al entusiasmo santo del amor de la patria, alzó su voz, que terrible vino á herir el corazón del barbaro que oprime con planta impura la tierra de Catón. Erantes y solitarios vagan por la tierra, los primeros mártires de la regeneración italiana; pero el hombre bueno, el hombre de progreso y de fé, tiene hermanos en todo el globo. ¡Salve víctimas santas de la más santa causa! Marchad altivas, el porvenir es vuestro!

Si Manzoni hubiera tenido un Cienfuegos que profetizara el influjo de su talento sobre el desarrollo del arte como lo tuvo Mr. de Chateaubriand, nosotros conoceríamos algo más al autor del *Adelphi*. Solo clasificando los diferentes literatos que en este tercio de siglo han llamado la atención de la Italia, podremos formarnos una idea algo exacta del hombre extraordinario que nos ocupa.

En tres clases pueden ser colocados; los amigos de la forma, del arte viejo, exótico, aristocrático, los clásicos en una palabra; los amigos de la forma nueva, apasionados, go-

nerosos con frecuencia, de altas y profundas vistas, los románticos; y ultimamente los amigos de la verdad, del progreso: impagables amigos.

No pertenece á ninguna de las dos primeras clasificaciones el autor del *Carmañola*: espíritu demasiado alto para su jetarse á formas importunas y pueriles, fue demasiado fuerte para no dejarse arrastrar de una época de insurrección, transitoria por esencia.

Hombre de un destino aparte, en esa infeliz Italia, donde todo se confunde y anonada, Manzoni ha podido nutrir su bella alma de las fuertes y meditadas virtudes que casi siempre nacen del espectáculo del crimen. Retirado en el hogar doméstico, pensando y trabajando siempre por la mejora de su país, no ha manchado su nombre con una sola de aquellas concesiones que el talento suele prodigar al poderoso. Bella y pura es, sin duda, la misión del hombre que agoviado por los años, por la infame experiencia de este mundo, puede ofrecer, al dejarnos para siempre, una alma virgen y pura como la de los ángeles!!! ¡Gloria á tales hombres, gloria a los queridos de los buenos!

¿En que no se muestra Dios? Ha dicho Lando: alzad los ojos á los Cielos, bajadlos á la tierra, allí, en todas partes hallareis una huella que os recuerde vuestro autor y el de todas las cosas: no importa que el hombre quiera con atrevida mano, oscurecer las obras del Señor: no importa que del inmundo seno de una sociedad corrompida hayan desaparecido el patriotismo, la ciencia, la virtud; nada importe: allí, si allí mismo, encontrareis un ser que ha recojido en sí solo todas las virtudes que huyeron de los malos, y que en las tinieblas se os ofrecerá como el ángel de la luz: tal es Manzoni á la faz de la sociedad que le rodea.

¿Gustais encontrar en el escritor de vuestros días, profundos conocimientos del pasado y del presente? ¿Grandes y elevados sentimientos de lo cierto y de lo justo? ¿Estilo sencillo y rico, abundante y económico? ¿Elocuencia pura y desconocida hasta ahora? Leed á Alejandro Manzoni. Hallareis en este hombre extraordinario, todas las cualidades del verdadero poeta; del verdadero, digo, por que Manzoni no ha escrito para hacer reír ni llorar: ha copiado su alma llena del profundo sentimiento de las necesidades de su tiempo, descurriendo mercedosamente el pueril y despreciable trabajo de alhagar al egoísmo. Afectos santos, ideas fraternales, amor y humanidad en todo; jamás una pasión furiosa, un sentimiento de horror ó de venganza. Es un hombre que contempla llorando el irrasgado corazón de su patria, y no tembla: sigue el curso irresistible de las cosas, como ha seguido el de los sucesos, conoce los grados de la elucación

humana, vaticina, el porvenir dichoso que alborea, y predica el trabajo para la mejora, para el progreso.

Manzoni no ha escrito muchas obras y ha hecho bien. Las grandes bellezas como las grandes verdades pierden con los vestidos. Pero talvez el primer atributo del genio, es conmover las grandes cosas con móviles sencillos y concisos: Manzoni en el arte, como Vico en la ciencia, ha causado una revolución radical, la mas útil y socialista, que hasta hoy se encuentra en la historia de la inteligencia humana; el uno con un solo libro, *la Ciencia nueva*; el otro en el Drama, con su *Adelghi* y el *Carmañola*; y me limito al Drama, porque creo que en el deben reasumirse todos los elementos del progreso de nuestra vida actual.

El *Carmañola* y el *Adelghi* tienen coros que llenan en efecto la alta misión de esta clase de composiciones. Si la lectura de ellos, no os conmueve, no os inspira aquel horror que por un sentimiento contrario os conduce al amor de la virtud, del bien, de la humanidad, desconfiad mucho de la generosidad de vuestra alma. Los coros de Manzoni son los ecos augustos de un pueblo moribundo, de un pueblo que lucha con la barbara opresión de sus verdugos, para alzar su frente gloriosa un día, despreciada hoy: de un pueblo el mas desgraciado de la tierra, que tiene en su corazón los amargos descos de una virtud impotente, que gime, que se queja de la ingrata suerte que le cupo. Manzoni ha vaciado toda su alma en sus coros, reasumido todas sus ideas, y dado al mundo en ellos el código de las nuevas doctrinas de la Italia naciente.

Yo no hablaré de sus himnos sagrados; temo profanar esos rasgos celestiales de una alma angelical. ¡Glorias de nuestro siglo, vergüenzas del pasado!

Su romance *«I promessi sposi»*, tiene un alto puesto en la literatura moderna; tal vez se le podrían notar demasiadas minuciosidades y pequeñeces: las tiene en efecto; pero somos de opinion, que aun esto mismo es de esencia al vasto plan de la obra. Manzoni se propuso retratar una época, obscura, infame, tenebrosa, y le fue necesario emplear las sombras del cuadro con demasiada profusión: nosotros creemos que lo que se juzga defectuoso en la obra es un testimonio mas de la habilidad del autor.

Se dice que Manzoni tiene hecho un nuevo romance titulado *«la Columna infame»*. El título nos indica el contenido de la obra; alguno de aquellos sucesos que tanto han manchado las páginas de la historia Italiana, habrá ocupado tal vez la casta pluma del primer poeta de nuestros días: el autor no se ha atrevido á publicarla, por que aun viven poderosas que podrían resentirse. La Europa espera ansiosa la

aparición de esta obra, y los periodicos no cesan de reclamar la deuda que el hombre de genio contrae desde la cuna con su especie. Puede ser que sea el testamento literario de Manzoni: y si la santa vida de este hombre es la garantía de la santidad de sus últimos pensamientos, cuando los años lo llaman á la morada de los buenos, y las ideas toman un colorido que parece usurparse á los Cielos, no podemos esperar que su obra sea sino una composición bíblica, sagrada, como los últimos sentimientos del justo moribundo.

El nombre de Alejandro Manzoni no será viejo nunca: el predilecto de Dios, el ángel que ha traído á este mundo desgraciado la misión de Manzoni no es nunca viejo: en una época de regeneración universal como la nuestra, en que los sistemas han cedido el lugar á la verdad á la sinceridad en los trabajos de la inteligencia, el primero que se atreva á despreciar las prisiones, los destierros, los cadalsos, es un hombre que tiene su puesto en lo futuro. — Manzoni lo tendrá. ¡Quiera el Cielo dar á esta virgen tierra, hombres como Manzoni: un hombre suele ser el tema del porvenir de un pueblo: un Manzoni lo sería del nuestro.

—ooo—

MIS VISITAS.

ARTICULO PRIMERO.

Soy un hombre que visito á todo el mundo, un vago que no tengo ni mas ocupación ni mas placer que el de pasar las largas horas de mi vida, en la casa ajena. Me he propuesto, ya que es lo unico que me es permitido, dar cuenta de las impresiones que reciba en cada una de mis correrías. Empezaré por las mas recientes.

Con preferencia visito los abogados de mi país; á cual quiera le parecerá un gusto singular, y á mi me parece lo mismo, pero esta es una de las muchas cosas que se hacen, así, sin saber por que se hacen, y tal vez por no tomarnos el trabajo de no hacerlas.

Era una bella noche de verano: la Luna recorria solitaria por el azulado cielo de la patria; las calles de la poética ciudad se ofrecían bañadas por la tímida luz del astro de la noche, y los blancos rayos que ceñían las graciosas figuras de las jóvenes, me daban la ilusión encantadora de ver pasar ante mis ojos criaturas aereas, ángeles que recorrían el espacio. — Mi amigo estaba estatico de placer. — Yo no estaba contento, por que ocho años de una vida *visitante*, me han hecho el mas doméstico de todos los animales. Dejé á mi amigo en su Paraíso, y dirigime cabibajo y pensativo, preparando, como quien dice los instrumentos, para una entrevista

flamante, con un Dr. Colosal, Dr. Tipo, Dr. Cíclope. Encontré en su estudio.

Era una habitación de aspecto verdaderamente terrible; una vela colocada en medio de una larga y espantosa mesa, medio alumbraba aquella imagen del desorden, del caos; los pálidos reflejos de la luz sombreaban la alta y descarnada figura de un hombre, que á primera vista no presentaba rostro humano; la aptitud de su barba pegada al pecho, su calva plana y espaciosa, ofrecían á mis ojos, una mancha blanca en medio de una sombra negra, como cuando la luna se coloca tras la espesa nube que quiere usurparle su dominio. Al fin me reconocí; senteme á su lado, y á guisa de discípulo que no quiere perder ni los movimientos de su maestro, yo escuchaba las largas, obscuras y fatidicas palabras de mi Doctor.

Dos estantes que al parecer eran de libros, llamaron mi atención; y lo creí en efecto, por que recuerdo que desde chico le oía decir á mi madre, que abogado sin libros, era como albañil sin cuchara. Cosa, que hoy que pienso un poco y no creo los refranes, por la sola razón de ser refranes, me parece una verdadera injuria, un desatino de cuenta. Un abogado, como un albañil, deben tener a mi ver la ciencia en su lugar correspondiente, en la cabeza, que es donde Dios la ha colocado, y no en los estantes, y en las cucharas que las puede hacer todo miserable herrero, y cualquiera que pintero despreciable. Pero no faltemos al método.

Mi Doctor tenia por delante un enorme tomo de *manuscritos*, con caracteres que á mis ojos ofuscados se presentaban, como el antiguo alfabeto griego, ó como patentes marítimas del gran Señor de la Turquía.

—Y bien señor ¿Que lee V.?

—Se trata caballero de anular un testamento, por falta de contesto en el acto.

—No entiendo señor, lo que quiera V. decir, pero desearia saber la edad de la cuestion.

—El expediente vino á mis manos el año 20, las pruebas no estaban publicadas todavia, la sentencia en primera instancia nos fue favorable, apeló el contrario, y estamos para concluir. — Es un pleito difícil, un punto de puro derecho; es verdad que está probada la interrupción que el testador sufrió al dictar su última voluntad.....

—Muy bien, señor Doctor, querria recorrer su libreria. — Me divierten los títulos de los libros; tengo delirio por ellos, aunque leo muy poco. — *«Las Siete Partidas del Rey D. Alfonso»*, fue el primer título que me pegó en los ojos. ¿Que obra es esta Señor Doctor?

—¿Pues que, caballero, me dijo, no conoce V. el célebre código de D. Alfonso el sabio? La obra inmortal de la Es-

pañ, el pináculo de la sabiduría universal, la obra que des pues de imitar al derecho comun ha llegado á ser su rival, la...

—Basta Doctor, por Dios, basta, la obra será tan buena como V. quiera, pero nosotros, y V. mas que yo, para que no cogitamos un código de la España, un libro hecho por un Rey? ¿Somos esclavos aun? ¿Somos españoles ó americanos? ¿Tenemos Leyes ó no tenemos? Por que yo no puedo concebir que una republica viva sin leyes, ó cuando me pongan hábitos, y desde que tenemos una vida propia y distinta de la España, necesario me parece tener una legislación tambien propia, hija de nuestras circunstancias y necesidades, y no plagias de la vida y necesidades ajenas.

—Tambien es V., caballero, de los que blasfeman contra la España, y sus obras, de los que todo lo quieren innovar y reducir á no se que formas y nombres que yo no comprendo, de los que se llaman hijos del siglo XIX, de esos que todo lo quieren referir al progreso, á la armonia, á la unidad panteista y...

—Señor Doctor me regobia V con tanta clasificación, con tanta palabra sonora é incomprensible para mí, Yo le diré á V. sencillamente lo que soy, y tal vez lo que son todos los de mi edad. Píbase (perdone V. si me pongo el primero) y piensan, que el siglo XIX no es el siglo XVIII, que aunque aquel sea hijo de este, como yo soy hijo de mi padre, las necesidades, los gustos, las tendencias del uno no pueden ni materialmente ser las del otro, por que si así fuera el mundo desde que cumplió doce años habria llegado á su perfección y ¡quien mejor que V. sabe si esto no es exacto! Pienso que el progreso es la ley vital de todo ser; que sin ella nuestra especie, y el mundo mismo, no sería lo que hoy es; por ejemplo Doctor, Newton no habria descubierto la atracción universal, Galileo el movimiento de la tierra, Colon la América, ni en nuestro siglo la bella ironia del Pacificador: que la unidad panteista, como V. la llama, no es otra cosa que el centro del círculo de la vida, á la que deben dirigirse, y en la que deben reunirse todos los rayos idénticos, por lo que creo de absoluta necesidad dar á los trabajos del hombre una tendencia que no se desvíe del gran objeto de toda evolución humana, la mejora, la felicidad de la especie.

—V. está loco, V. delira.

—Puede ser, Señor, no es el primero que cuantas veces he tenido la desgracia de hablar de estas cosas, me ha llamado loco, delirante; pero yo amo los locos que tienen mis manías, los amo Doctor, con toda la ternura de mi alma; pienso que el cielo me castigaria cruelmente si me mandase abortarlos... pero sigamos el examen de sus libros: no pase

mos por ahora de sus "Siete partidas" Veamos la fecha de ese libro, de ese código, como V. le llama, supuesto que todavía es un código para nosotros.—"Las Partidas no fueron observadas como leyes hasta los tiempos de D. Alonso XI, por los años de 1348"—Y desde entonces rigen esas leyes Doctor? Bien poco han variado sin duda las necesidades de los hombres en tan largo espacio de tiempo; bien sencillas, han sido á la verdad, las combinaciones de los sucesos, bien buenos los hombres de nuestras edades, puesto que lo mismo que sirvió para corregir las maldades y vicios de los hombres de esa obscura época, en que se hicieron las Partidas, es bueno todavía para corregir las de los hombres del siglo XIX. Y dicen que el mundo progresa en vicios en proporción de los años! Mejor sería decir que el mundo se está quieto siempre y que es hoy lo que fué el primer día de la creación. V. tiene el ejemplo en el vigor que aun conservan esas leyes. Pero yo no comprendo como pueden servirnos á nosotros que tanto hemos peleado con la España, para no ser esclavos, esas mismas leyes que de tanto siglo atrás la gobiernan, que fueron concebidas por un Rey.—Un Rey Doctor!—y mandadas obedecer por otro, que se oponen esencialmente á la manera de vida, que compramos, algo caro es verdad, en Lusitania, Corrito, &c. &c. Me parece que D. Alonso XI no sería tan amigo nuestro, él que reinaba monárquicamente, mejor Doctor, como verdadero Rey de España, que quisiera dar fuerza á un código, que sirviese tambien para una República: me parece que esto no le habria hecho mucha cuenta, ¡á no ser que fuese un gran republicano!—Pero pasemos á este otro como título que se asoma al lado de las Partidas.—La Nueva Recopilación.—Tambien es un código Doctor?

—Si amiguito, es tambien un código.

—¿Español por supuesto?

—Si español.

—¿Formalmente, Doctor?

—E traño sus preguntas de V.—¿pues que no es V. ciudadano de este país? ¿no sabe V. que hay leyes, y cuales son las que nos rigen?

—No se incomode V., señor, soy un ignorante;... pero me parece que desde que somos independientes, ya nos habria convenido dar un código que no fuese español; porque, en plata Señor Doctor, yo pienso que las leyes son como los vestidos, al cuerpo de cada uno... si yo, por ejemplo, ya me vé V.—bajo, regordete... piernas cortas, cambadas, barrigon—me pusiera el fraque de V. que es alto, flaco, bien hecho, me apedrearían los muchachos por

la calle; pues lo mismo digo de las Leyes españolas que nos aplicamos todos los días.—En cuanto á lo demás me refiero á lo que queda dicho—Sigamos:—Fuero real de Castilla.—Ah! de Castilla, Doctor, continua la familia, á fe que es larga.—Recopilación de Leyes de Indias.—Por fin, aunque nos llaman indios, estas leyes serán oportunas si quiera. Veamos la fecha—mil seiscientos ochenta y uno—Hay tiene V. Doctor, ese es el código que mas me choca, por lo mismo que es hecho exclusivamente para las Indias. Ya sabe V. como nos ha tratado la España, cree V. que sus Leyes sean tan dulces como los alhagos de nuestra madre Patria? Algo mas, estas leyes dictadas en tiempos en que eramos colonos de la España, en que tanto interes tenía en que lo fuésemos por siempre, ¿como es que pueden convenirnos hoy que somos libres, republicanos, independientes?

—Advierta V., y esta es observación general, (me dijo el Doctor) que los códigos Españoles rigen, entre nosotros en todo aquello que no se oponen á nuestra forma de Gobierno.

—Ah! esa es otra cosa; pero yo debo tener ideas muy equivocadas acerca de las legislaciones, por que creo que los Códigos de la España se oponen esencialmente á nuestra forma de Gobierno; nos perjudican, nos ridiculizan, por fin; que tales códigos producen, ni más, ni menos, el efecto de las confesiones de una niña tierna e inocente, á quien conozco que suele hacer con un padre demasiado analítico y concienzudo, el de ciertos dramas que hemos visto dar con gran maestría, en nuestro inocente teatro. ¿No cree V. Doctor, que hay cosas que son mejores para enseñar á ser malvados, que para prevenir los descarríos de nuestra debilitada naturaleza?—Por ejemplo, un libro que yo conozco (por que de esta clase no hay uno que no conozca) titulado las Amistades Peligrosas, que á mi ver es un verdadero código de corrupción y de perfidia. Pues bien lo mismo pienso de los códigos españoles; y en nuestra edad, sobre todo, en que las costumbres nacionales empiezan á formarse, en que por la manera de vivir que hemos adoptado, todo debe ser sencillo, claro como la alma del verdadero republicano; pienso que los códigos dados á una nación como la España cuyo origen se pierde entre las tinieblas de los siglos, no pueden ejercer, humanamente hablando, influencia que no sea altamente nociva á nuestro desarrollo ó cuando menos tan peligrosas, como todas las influencias que ejercen los hombres cargados de experiencia y de malicia, sobre los corazones jóvenes y sencillos.—¿Quiere V. continuar mi buen Doctor?

—Por Dios, amiguito, me tiene V. atolondrado: yo creía que las Leyes que ha adoptado su patria le merecerían mas respeto, al menos mientras no podemos darnos otras.

—Vaya, si las respeto Doctor, hasta ahora he faltado á una sola de ellas, y pienso no faltar en mi vida, porque soy el representante del miedo Universal.—Oh! nosotros los legos respetamos mucho las Leyes, porque no sabemos hacerlas de vapor como VV. los Leñados.—Pero si cada palabra de V., es como si me pinchara para que hablase.—Mientras no nos podemos dar otras.—Digamé V. Doctor, ¿cómo V., almuerza, se pasea, se acuesta, en una palabra, tiene V. los mismos hábitos y gustos que tenía su visabuelo?

—Oh por Dios, nada de eso.

—Pues bien, yo creo que las Leyes deben ser como los gustos, como los caprichos de los hombres, variables, inconstantes, como las Sñoritas de 14 años, porque al menos deben representar la individualidad de la sociedad para quien se hicieron; y si hemos de conceder que tenemos vida y vida diferente de la España, preciso es conceder tambien, que las leyes que nos rigen son diametralmente contrarias á aquella por la sola razón de no haber nacido de ella.—Pero basta de charla:—me contentaré con leer algunos títulos.—Oh! los títulos... es una gran invención esta de los títulos.—El Conde de la Cañada—Conde y escritor Doctor? ¿y escritor útil á una República?—Es tambien Español; ya, español, naturalmente porque solo en España se ven nobles que escriben... muy bien.—El Cardenal de Luca—já, já; á fé mía, que no pensé hallar un Cardenal entre sus libros, yo gustaría que todos los Cardenales ó no escribiesen ó estuvieran siempre en jaula como los pajaritos de este nombre: no me gustan los hombres Cardenales, les tengo miedo... —La Curia Filtipica—Bobadilla—Hermosilla—Paz... Oh! por Dios, Doctor, cuanto nombre, cuanto nombre raro; y ¿que contienen estas obras? Me podrá V. indicar algo de lo que esos gruesos volúmenes encierran?

—Esta no es empresa de una noche amiguito, porque tendria nada menos que empezar por los rudimentos teóricos de la ciencia, para subir luego á las escabrosidades de la practica (que es mi ciencia por excelencia.)

—Pero al menos me dirá V. si todos esos libros son Españoles.

—Si españoles, aunque muchos de ellos están en latín.

—Tambien esa, ¿con qué no solo se les obliga á VV. á estudiar la España jurisperita, sino que por via de accesorio se les pone en latín? Por fin Doctor, amigo, ya veo que V. y todos los como V. deben ser grandes partidarios de nuestra difunta madre. Es tan justo querer a quien nos

dá el pan de cada día! á quien nos dá honor y fama, respeto, sabiduría; sí, sabiduría, aunque esta palabra tiene no sé qué de repugnante hablando de la España (1)—Pero que pigmeo es ese que á manera de muchacho que no quiere ser visto asoma la cabeza! ¡Parece avergonzado de su tamaño!—Veamos su título:—*Convencion pro el minar de Paz y CONSTITUCION DEL ESTADO*.—Oh! Dios mio! Este es un rayo divino que habeis enviado á mi alma.—Yo pensé antes de entrar á su estudio, que la España no existia sino en nuestros hábitos y gustos, en nuestras familias, en nuestro público, pero me he cerciorado de la triste verdad de que aun vive en nuestras leyes, y que segun V. vivirá muchos tiempos, lo que importa en mi opinion un decreto de muerte, de atrazo, de desgracia.—Pero déjeme V. contemplar de nuevo ese librito que se averguenza de hallarse colocado entre los Cardenales y Condes de la España; ese libro plebeyo como yo, ese hijo primogenito de mi patria; ese símbolo augusto de nuestra vida, déjeme V. delirar un momento, aunque sea un solo momento.—Encuentro al único hermano que Dios me dió, entre un mundo extranero y enemigo. ¡No quiere V. que deliro!—Ahora convendria con gusto, con orgullo, en que se me llamase loco, porque es una locura divina la que inspira el amor á la Patria. No pase nada de aquí; déjeme V. llevar en mi alma siquiera un momento de alegría.... tantos amargos me han dado esos libros españoles.... Continuaremos otra noche, necesito reforzarme para mi segunda visita.—Soy de V. Sr. Doctor—
E. A. C.

(1) Hablo de la España retrogada; no hay que confundir.

LA MODA.

Gaceta Semanal de Música, de poesía, de literatura y de costumbres.—Publicacion de Buenos Aires.

Cuántas bellas lectoras y galantes caballeros no habrán sido engañados en sus esperanzas á la lectura de aquellas paginas en que creían encontrar un nuevo descubrimiento, con que hacer mas gracioso y elegante el vestido, y mas picantes las formas? ¡Cuántas de ellas no habrán arrojado desdeñosamente aquellas páginas, despues de la rápida lectura de algunas de sus lineas, en que tan palpablemente se desmiente su título?

Esa Moda, amables lectoras, no es aquella Diosa caprichosa que se complace, ya en voltejar sobre los largos

rizos de una negra cabellera, ya en desplegar sus alas brillantes en los vagos y risueños colores de una cinta abandonada al lánguido suspiro del viento, ya en posarse sobre las blancas plumas de un elegante sombrero; tampoco es aquella Diosa desenfadada, extravagante, acostumbrada á hacer gala irreverente de sus bellezas, que despojandose hasta del último resto de pudor, vuelve sus ojos atrevidos á la seducción de los incautos y á la corrupción de los corazones inocentes. No, ella es una matrona respetable: le bastan aquellos adornos exteriores que dan una noble y sencilla elegancia: es una madre amorosa, que, clavado los ojos en el Cielo, la alma llena de esperanzas y de un amor santo, permanece noblemente sentada, esperando conceder la dulzura de su beso maternal, al que por sus virtudes haya sabido merecerlo.

En tiempos como los nuestros, en que el materialismo, el egoismo y el cálculo han sofocado en el hombre los santos y sublimes pensamientos hacia Dios, hacia la humanidad, hacia el apostolado, el generoso que se atreva á tentar directamente una reforma en las tendencias de la sociedad, verá inutilizarse casi siempre sus esfuerzos, y será la víctima de esa turba ignorante, burlesca, incredula, para quien los santos afectos de la Patria, de la Humanidad, son nombres, y nada mas que nombres. Sus lágrimas serán compensadas con el insulto, sus gemidos con el desprecio, su proposito con los castigos del crimen. ¡Epoca desgraciada es aquella en que el fuerte de espíritu necesita vestir con los adornos de la coquetería, las altas concepciones de su alma, los santos deseos de su corazón!

Estos sentimientos nos causó la lectura de la Moda. Buenos Ayres, como todas las Repúblicas del Sud-America, no ha salido aun de su época homérica; el vínculo que nos une al Cielo, es todavía la cadena de oro que los antiguos imaginaron para reunir el Cielo y la tierra en las manos de Jove; pueril pero verdadero símbolo del materialismo que los dominaba.—¿Que hicieron nuestros Padres?—Escucharon el eco de una trompa, y fuertemente armados corrieron al campo:—vieron al enemigo y le vencieron. Conquistado el suelo de la Patria, no pasaron de allí; la victoria señala los límites de su misión; en vano la querriamos perpetuar en lo futuro.—Mucho hicieron; son los Padres de la Patria; su memoria se alzaré con los siglos hasta el alto puesto que la Providencia destina á la mas bella tierra del mundo.

Hoy se anuncia desde lejos una época nueva, y á nosotros jóvenes, escoltas avanzadas de la humanidad, nos toca guiar las muchedumbres inciertas mientras dure el hor-

ror de esta espesa noche que nos cubre. No nos desanima el aliento helado de la envidia, de la calumnia; no nos detiene la burla insana de la gente prosaica y egoista que se declare enemiga. La constancia es el complemento de las virtudes humanas; ella nos indicará los medios de llegar al objeto; y si los medios nos engañan una vez, mil veces, hay deseos; seremos los martires de la regeneracion Americana, por que tenemos fuertemente gravada la verdad, de que solo á condiciones semejantes, podremos desempeñar la misión que los tiempos nos imponen.

Y los jóvenes redactores de la Moda llenan dignamente sus deberes. ¡Gloria á los generosos que rodeados de una sociedad fria, calculadora, indiferente, no desesperan! ¡Gloria á los sacerdotes de la llama divina en que se inflama el corazón del siglo XIX!! ¡Gloria mil veces á los que han unido, con pacto fraternal, la joven Buenos Ayres á la joven Europa, á la joven humanidad! Marchad seguros apostoles de una religion aun proscripta: *el porvenir es nuestro*.—Y del desprecio de la turba seaos bastante recompensa el aplauso de los pocos que os saludan hermanos.

C. A.

DE LA MUERTE DEL POETA.

(CORRESPONDENCIA.)

Ora benigno me dilate el cielo
Estos momentos que llamamos vida,
Ora la plazca que el presente sea
Mi último día;
Bien me acostumbre la dolencia larga
A ver de lejos que la Muerte lleve,
Bien como rayo, que improviso hiere,
Súbita venga;
Ya me arrebaté del festin alegre,
Entre los brindis del ligero Baco,
Ya cuando, á solas, de mi patria lloro
Triste los hados;
Sin que me aflija recóndita duda
Bejaré impávido á la eterna noche,
Y las riberas pisaré tranquilo
Del Aquoronte.

Iré á presencia de mi juez severo
Sin ese miedo que al impío turba;
Que por mi causa no corrió en la tierra
Lágrima alguna.

Tiemble el malvado, que, evitar pudiendo
Llanto y dolores, corazón de piedra
Al aflijido que á su vista jime
Bárbaro muestra.

Torpe calumnia, que mi vida amarga,
Fiero me pinta con colores negros,
Y el pecho blando que me dió natura
Finje de acero.

Mas como el Númer, que al mortal espera
En las rejiones donde no se miente,
No me hará cargo de dolor ajeno,
Mi alma no teme.

O cielo, escucha mi ferviente voto,
Y no me niegues lo que solo ruego
Para el momento en que la tumba helada
Me abra su seno.

Primero muera que mi tierna esposa,
Muera primero que mis dulces hijas,
Y, moribundo, con errante mano
Pulse la lira.

1830.

J. C. V.

¿QUIENES ESCRIBEN EL INICIADOR

DIALOGO SOBRE ALGUNA COSA

¿Que juicio ha formado V. de ese papel?
— Hombre, sabe V. *quienes lo escriben?*
— No, Señor, ni eso me parece que importa.
— Sí, pero..... si conociéramos los editores ya sería mas facil el formar un juicio de él.
— ¡Como Señor! para saber si es malo ó bueno un escrito es preciso conocer el autor?... yo creía que bastaba conocer el "escrito"

— Oh! no, eso no es bastante: supongase V. que el autor fuera el Sr. Dr. D....., ó mi antiguo amigo el..... estos, Señores, son *maduros*, tienen experiencia, conocen el mundo, sus cosas y sus hombres, y no pueden ocuparse sino con provecho, con miras reales, de una utilidad infalible...
— Por Dios! Señor mio, eso es renunciar al sentido común: si esos caballeros por tener borlas doctorales ó gaster peluquin y haber sido allá en sus tiempos hombres de saber

me presentan un escrito que me parezca detestable, egoísta, retrogrado, así lo he de clasificar en conciencia: al mismo tiempo que con ella le tributaré mis elogios á un escritor anonimo, ó del último rango de la sociedad, si lo encuentro digno de ellos....

—Vaya! vaya! es V. muy niño; y con esa manía de moda entre los que todavía tienen la leche en los labios, ha de hacer V. un ridículo papel entre la gente de peso. Aplaudir á un *quidam!* á un *mocoso!* está V. loco. Buena prevención por cierto!

—Aplaudirlo, si Sr., aplaudirlo si lo merece, eso es tener juicio, es tener patriotismo, elevación, y aplaudirlo con entusiasmo si es Joven, por que la Juventud es la ESPERANZA de la Patria. Aplaudir á un magnate, á un poderoso, es casi siempre un razgo de prostitucion: victorear á un desconocido que muestra ideas buenas, un corazón sano....ah! Sr. es preciso renunciar á los mas dulces afectos del hombre, es necesario estar depravado; para no hacerlo.—

....Ah! ah! ah! mucho ha de medrar V!—Medré ó no, eso es lo que debe hacerse, eso es lo que haré. Pero nos hemos separado de nuestro asunto, y nuestra conversacion vá tomando un giro harto desagradable por que estamos á inmensa distancia, y mi indignacion al oír ciertos principios que son la catcoma de estos países, que son los que tienden á levantar una barrera de hierro entre nosotros y un porvenir que debe sacarnos del cieno en que quieten que sigamos enterrados; principios de hombres muertos á los santos afectos de la PATRIA Y DE LA HUMANIDAD, que son egoístas, personales y nada mas que personales; que tienen un alma de hielo, un corazón de barro:—principios de los apóstoles de la inmortalidad que nos despedaza, principios que derraman copos de nieve sobre el fuego sagrado de un patriotismo sublime....

—Alto! caballero, que andanada, que jergon de palabras. Lo compadezco á V.; será V. infeliz, vegetará en la miseria, vivirá entre una rechifna universal....

—Pero mis manos y mi corazón estarán puros: los buenos seran mis amigos: los malos, los pésimos, los que no tienen otro culto que el de su interes y de su amor propio, me honran si me censuran; me honran si me persiguen....

—Volvemos al idealismo; cada loco con su tema: doblamos la oja! y hablemos del Iniciador.

—Bueno será, le atenderé á V.

—El estilo es desconocido....

—, Señor!

—Por mas que he querido....

—¿Que importa el conocer él estilo! ¿diga V., si quiere decir, lo que le ha parecido el papel.

—A eso voy: las ideas son verdades, y es imposible que no sean muchachos....

—Y bien que sean muchachos: [concedido. ¿Encuentra V. que ellos tienen una tendencia útil?

—Y si son muchachos, cómo lo presumo, hay no puede haber aquella sazón que dán los años....

—Prescinda V. de lo que no puede haber, diga V. lo que hay.

—No sé altere V. de nuevo: yo le quiero bien y es lastima; por vida mia! que V. se obstine en pedir imposibles. *A cada Santo le llega su dia;* cuando esos muchachos tengan canas, entonces....

—¿Entonces que! Señor: entonces le habrán robado á la Patria los frutos preciosos de la primavera para presentarle las ojas secas del otoño: entonces le ofrecerán un árbol viejo, debil, que le dará un apoyo incierto, una sombra escasa, cuando han dejado perder la columna fuerte, el solaz de vida, que antes debieron prestarle. Entonces que! Señor: entonces habr dejado que descienda á la tumba la generacion que los precede, y tomarán su lugar para hacer lo que ella hizo, ó se envolverán en resistencias, por que las masas estarán como estaban pues que nada han hecho para prepararlas, y la sociedad será lo que la literatura en manos de los CLASICISTAS: un eterno pleonismo; una eterna imitacion: una abnegacion completa de progreso; una desercion del porvenir, de la perfectibilidad sin fin á que debe marchar la humanidad.

—Bueno, calma, señorito, ¿á que tanto hablar? Y, no comprendo bien eso de *porvenir*...."el que venga atrás que arree" lo que entiendo bien es que es sobrada sanchez el que los hijos quieran enmendar las plumas á los Padres..

—¿Y por que no Señor? Ignora V. acaso que cada nuevo adelanto, que cada nuevo descubrimiento, es un instrumento que facilita nuevos adelantos, nuevos descubrimientos? ¿Ignora V. acaso que cada uno de esos adelantos son los que *enmiendan la plana*, para servirme de sus palabras? O, ¿querria V. que el mundo fuese lo que ha sido, que nosotros no llamemos *barbara* á la edad media solo por que es época de nuestros ascendientes: que no condenase. mos el materialismo del siglo XVIII por el unico motivo de que Vds. saludaron victoriosos á sus predicadores? ¿Patriotico, humano, y razonable deseo, sin duda! Ley es de la naturaleza que todos los seres se muevan mientras dure su existencia: ley cuyo sello le ha impreso Dios á sus obras; ley cuyos caracteres les pone el hombre á las suyas. En el

momento en que los seres animados no se *mueven*, el ave de la muerte se posa sobre sus cabezas á entonar el último himno de la vida: esa falta de movimiento es la muerte, para los que respiran, es la señal de destruccion; para las cosas materiales. Y si el hombre se *mueve*, Sr., y si debe moverse ¿por que fulminar un anatema si marcha hácia adelante, hácia la concepcion de otras verdades nuevas? ¿por que querer que sean densas las tinieblas, que sea inmortal el error? Nuestros Padres hicieron lo que su tiempo les permitia, nosotros haremos lo que el nuestro nos permita: ¿podrá llegar, Sr. la intolerancia, el orgullo, hasta el punto de que el hombre maldiga á su hijo por que es mas feliz ó mas laborioso? ¿se á patriotico condenar los esfuerzos que se emplean en bien del país solo porque ellos se levantan lo poco que antes se hizo ó se pudo hacer por ellos?... Yo creo lo contrario: me parecia que Vds. que ven levantarse ya las losas que deben cubrirlos, tendrian un verdadero gozo, una vejez tranquila y feliz, y que dejarian caer sus bendiciones sobre la rubia cabeza de los que se consagran á la Patria desde los primeros albores de la vida, que se entregan al trabajo, y que quieren mejorar la condicion de sus hermanos: por que, Sr. los sentimientos santos, como el patriotismo, la generosidad, la aplicacion, la fraternidad se mueven tambien, y al ver ondear sus banderas ¿como es posible tomar el hacha para derribar el palo que las levanta? ¿como es posible que Vds. no les estienan sus manos venerables á los amigos de una nueva época de vida, á los que quieren segar el abismo á cuyo borde nos hemos revolcado salpicados con la sangre que brota el corazón de la Patria, con las lágrimas que derrama la humanidad? ¿Como es que Vds. no corren á auxiliarlos, á regar de flores el camino por donde ellos van á pasar? ¿Como es que la mano del padre no enjuga el sudor de la frente de los que quieren prepararle un mejor porvenir á sus nietos?....

Me estravio tal vez, Sr. pero no comprendo como pueda negarse las simpatias á los que se acercan humildes á las aras del bien público á depositar la ofrenda que pueden ofrecerle; al Joven mismo que no presenta otra cosa que las bellas ilusiones de un alma pura, de un corazón que no se ha depravado todavía, que conserva aun todo su candor, toda su virginidad: y no comprendo, ó no quiero comprender la razon por que se mira con una risa insultante á los hombres de *movimiento*....he dicho, Sr. que los buenos sentimientos se mueven tambien, solo los males como el egoismo, la avaricia, la pereza, permanecen siempre quietos, siempre inmóviles como los escollos crueles que

rodean nuestras playas, y contra los que se estrellan y perecen muchas veces los navegantes: atencion! Sr. eso es lo que esta quieto, lo que no se mueve.

—A obscuras, señorito, me ha dejado V. con tanto charlar; parece V. un comico que tiene bien estudiado su papel. V. se ha estraviado, y seria perder el tiempo en doctrinarlo....¿bien, que á mi que se me da? *Cada paso lo aguante su vela.*

—Otro principio que es preciso combatir. Si estoy en el error, si lo están los que piensan como yo, es un deber de V. y de los que piensan como V. el sacarnos de él: eso le importa al país á quien todos debemos servir.

—No era mala la encomienda! perder uno el tiempo que puede emplearse en los negocios, ó en conversar con los amigos y *pasar un rato* ¿y para que? para entablar una polemica con gente que todo quiere desmenuzarlo, y que vive allá en un mundo....

—De infinito, dirá V., y en eso se sirven noblemente de su razon: van en busca de otras verdades que no han de deducir de solo la materialidad de las cosas, pero sin profundizar esta cuestion, permitamé V. que me admire de que hasta el *pasar un rato*, que es sinónimo de *perder el tiempo*, (segun el modo que hay por aqui de *pasar*lo,) se crea una cosa de mas valia, de mas provecho, que instruir á sus compatriotas. Ese es el triunfo del individualismo, de la causa de muerte para la Patria: eso, Sr. es la victoria del egoismo, de ese azote el mas cruel con que le plugo á la Providencia castigar y escandalizar al genero humano. El yo, antes que todas las cosas, es el voto de la infamia, es la peste de las sociedades, la fuente de sus desgracias. Abandone V. por Dios, si puede abandonar esa sensimienta miserable y degradante: piense en que tiene una mision que desempeñar, y si V. tiene la luz, muéstrela á nuestros ojos, con la seguridad de que la Juventud será docil á su voz, por que no está empedernida, y se postrará delante de la VERDAD. No tema V. la polemica, no; ella es la que debe producir esa verdad, esa luz, que tanto deseamos.

—Por ventura; alguno me paga alguna sueldo por esos trabajos?

—La gratitud de la Patria y de sus buenos hijos la gratitud de todos los hombres....

—¿Mande V. al mercado con la tal moneda!

—Maldicion! mil maldiciones, sobre un ser tan vengal, tan imbecil, tan egoísta, tan malvado. Maldicion!

sobre ese corazón perdido para los mas dulces sentimientos, sobre esa alma negra, infernal, que no merece ni una mirada de compasion.... Perdona, V. Sr. perdona si me exalto: mi sangre hierve, mis palabras son amargas como el veneno que encierra una verdad tan dura para el que merece estas increpaciones. V. ha manchado hasta la raza á que pertenece, ha hecho pedazos el mandato que Dios le dio al dotarlo de esa razon que V. prostituye hasta el ultimo grado....

—Calle V. mal criado, insolente rapaz ¿no sabe V. que á mi no puede insultarseme impunemente.

—Lo unico que sé, es que V. merece el apostrofe que me ha dictado mi conciencia. Sabia bien que no habiamos de entendernos, no queria hablar, pero no sé callar cuando es necesario hacerlo. Oiga V. lo que aun me falta; y terminaré nuestra desgraciada conversacion.

Principiamos por el INICIADOR, a el voy á contraerme: V. con su espíritu *personal*, se iba á buscar las personas sin cuidarse del valor ó tendencia de los escritos. Esto solo dá la medida de su elevacion. Yo, Sr. puesto que V. desea saberlo, soy uno de los redactores de ese folleto: veame V. jóven, muy jóven soy aún, nada sé, ni aun escribir, pero quiero ser util y desprendido de todo egoismo sacrificio mi amor propio al deseo de que nos pongamos en camino. Estudiaremos, como lo hemos dicho, animaremos con esta abnegacion personal, á nuestros hermanos á que se lanzen en la nueva arena: los estimularemos, les haremos saber que trabajando adelantarán: les mostraremos las necesidades de la Patria, les haremos conocer su mision, y la utilidad de principiar á ensayar los medios de desempeñarla. Si ellos nos atienden, como esperamos, principiarán desde luego abandonar el ocio, á que se los condena, y servirán á su país.

Este papel no se ha establecido para lucir talentos, y adquirir lustre literario: su objeto es otro, mas grande, mas santo, mas patriota, mas humanitario. El que tenga una verdad que decir, un defecto que censurar, un camino que indicar, poco supone que la diga sin gracia y sin atavio; la verdad es la que se quiere, la que aprovecha.

Si V. nos condena por ignorantes, no nos condenará por malos, por egoistas, y no ser egoista y malo es lo que vale. Nadie nos negará que nos proponemos un fin sagrado: el mas impudente egoista no se atreverá á tanto.—Ahi tiene V. pues nuestro título, la única gloria á que aspiramos. Si le hacemos un solo bien á la Patria, á la Humanidad, caiga sobre nosotros en buena hora todo el peso del escándalo de

la gente prosaica y retrogada, seremos felices, nos consideraremos meritorios.

Nuestra voz es una voz nueva que se alza entre los sepulcros, y el horror de la noche, para llamar el dia, y el trabajo que debe levantar ó iluminar la faz de una Nacion nueva que tiene en su seno todos los gérmenes de la prosperidad.—He aquí el objeto.

Los medios serán todos los que podamos emplear—guerra á muerte al espíritu retrogado, egoista; guerra á la pereza que nos agobia; constancia indestructible en esta cruzada inmortal: EL PORVENIR NOS PESTENECE.

—Me alegro mucho de saber, Señorito, que V. es escritor; bien lo presumia, y no extraño el calor de sus palabras ¡ya se vé! causa propia. Por lo demás miro con lastima los insultos que me ha prodigado: es V. muy niño, amigo mio, ya se desengañará.

—Lo dudo, Señor; sé que la humanidad es indefinidamente perfectible; sé que ella marcha hacia la perfectibilidad: lo siento así, y no me parece que los años y la vanidad lleguen á hacerme degenerar hasta negar ese progreso continuo, perseguir á los apóstoles del porvenir, y creer que yó he llegado hasta donde se puede llegar. Cubierto de sanas espero ser hombre de progreso, y enemigo tan acérrimo como hoy, del egoismo, del statu quo, de la rutina, de la personalidad.....

—Siento como que se habia eclipsado mi venerable interlocutor, miró á todas partes y no le halló, se habia marchado, privandome del gusto de decirle que hay algunos hombres de su edad que no se le parecen: que a estos los considero, los respeto, y elogio con todo mi corazón.—

O. M.

—**PERO!!!.....**

De todo se puede abusar en este mundo. La perfeccion misma lleva á retaguardia un *pero*, que la sigue como la sombra al cuerpo, y la fatiga, y la aburre, y hasta la mata. Es una linterna que contiene algunas veces una luz clara y bella, otras una luz debil imperceptible, mezquina, que quiere iluminar hasta las fibras mas recónditas del cuerpo á que sigue, y la refraccion del cuerpo la sofoca, la descubre en su verdadero tamaño, y entonces resulta el *pero* despreciable, el *pero* vil, el *pero* infamemente infame.

Un desgraciado amigo mio que tiene la enfermedad de ponerle á todo un *pero*, comprenda ó no comprenda, lo que oye, me inspiró los sentimientos anteriores. Esta pobre

jóven sufre de tal modo la fiebre del *pero*, que su lengua no articula jamas una palabra sin haber antes preludiado un *pero*, en alguno de los tonos de que es capaz la voz humana, porque á pesar de su eterno hábito, él sabe bien dar la correspondiente inflexion á su *pero* que no duerme jamás.

Comimos juntos por mi desgracia:

—La sopa está buena Eugenio....

—Pero....

—Vamos, tomarás algo mas....

—Pero....(y la ó no habia abanlonado sus labios, cuando yá su plato volvia cargado de la esquisita vianda que devoraba.

—¿Con qué anoche te has divertido mucho en la calle de Sn. Pedro? Ya se vé era una noche clara, serena, y todos los rostros son angelicales en noches semejantes, y todo divierte y todo gusta en extremo.

—Pero....sí, me he divertido algo....

—¿Es verdad, que F.... se ha singularizado por sus extravagancias, por su falta de respeto al decoro público, por su impudencia en sus palabras y en sus maneras?

—Pero....

—Tambien á esto le ponos un *pero* Eugenio?

—Es que yó soy muy tolerante amigo; y F.... no tiene mas que 17 años; cré que la osadia es el mejor medio de agrandar y ahí tienes la clave de su conducta.

—Sí, la tolerancia es santa, amigo, pero en tí, es remolón que no se halla; bueno es disculpar al jóven atolondrado, inexperto, que confunde los medios de agrandar con los de hacerse odiar, que se hace notable por insolente y atrevido creyendo aparecer como un cumplido caballero, y convengo en que la edad es un fuerte argumento para tales defensas. Yo sé, que tu tienes buen carácter y corazón sano, y que eres capaz de tolerar, pero, sirviendome de tu palabra, preciso es convenir en que te muestras el menos tolerante del mundo. Hace algun tiempo que queria hablarte sobre este particular, y yá que estamos solos y bastante desocupados, me has de oír todo lo que tengo que decir sobre ese tu maldito *pero* que concluirá por hacerte odiar de todos.

Mira, Eugenio, tú ni yo podemos quejarnos del mundo: él nos ha tratado y nos trata siempre bien. Preciso es, pues, buscar otra causa á esa crítica infatigable que ejércitas con todos y sobre todo.—Hablarás cuando yó concluya.

Nosotros los jóvenes somos demasiado susceptibles, y si un fuerte y meditado proposito no nos detiene, podemos caer, aun siendo los mas virtuosos del mundo, en defectos de la mayor trascendencia.—La crítica, cuya expresion mas

alta es ese *pero* que tantas veces tú empleas, es un bien inapreciable; pero la crítica tiene dos caras; la una bella, angelical, querida de todo el mundo, y la otra horrible, satánica, infame, aborrecida como la mas vil de todas las vilezas. Tú confundes estos dos rostros, querido Eugenio, y sin notarlo te perjudicas.—Si yó te viera infeliz por las maldades de los hombres, contrariado en todos tus deseos, agoviado por las persecuciones y pobreza, yó diría, su corazón se ha exasperado, es lamentable su carácter, pero tiene motivos, le debemos tolerancia. Si yó te viera ardiendo en santos deseos por la mejora de tu país, y contrariado en ellos, y despreciado, y tratado de loco, visionario, necio, y de todo lo malo que hay en este mundo, te daría siempre la razon.—Si yó viera saltar una lágrima de tus ojos marchitos por el estudio, á la lectura de una escaja del Adelphi, ó del Hernani, yó te daría un fuertísimo abrazo, te envidiaría tu envidia, te llamaría hombre útil.—Si te viera animar con tu elogio ó tolerancia á tus hermanos, que haciendo el sacrificio de su amor propio, descienden á la santa arena de la Patria, á trabajar por ella y para ella, yo te llamaría hombre bueno, generoso, patriota.—Perdona, nada de esto véo.....

—Pero.....

—Aun no he concluido, Eugenio.... nada de esto véo en tí.—La crítica es santa, amigo, pero el sacerdote, de esta divinidad delicada y caprichosa, debe tener un alto sentimiento de lo bello, de lo útil, de lo justo; debe tener todo el desprendimiento del amigo de la humanidad y el odio mas tenaz de que es capaz el hombre, contra todo egoismo, contra todo sentimiento que no sea altamente social. Tú lo confundes todo, Eugenio. Yó te he visto graduar los defectos y bellezas de un libro, por los defectos y vicios del autor:—las tendencias del jóven escritor por los yerros de ortografía:—el mérito de un periódico por los errores de la imprenta:—la capacidad intelectual por la edad:—el fondo por la forma:—la elevacion y mérito de una obra, por alguna pequeñez que en ella se halla; en fin, amigo, te he visto emplear con mas frecuencia el rostro infame de la crítica; que el rostro bello y santo; tú conducta me ha descubierto en tí, el caudal mas pingüe de amor propio, porque debes saber, que á tí mismo jamás te has puesto un *pero*....

Ahora, de este sermón, no me falta sino deducir ciertos principios generales, que debes gravar en tu alma: atiende.

El hombre que nada hace por una Patria que de todo necesita, no tiene derecho á criticar.

El que no hace por que no puede, pero ama al país y

atenta á los que trabajan por su mejora, no debe criticar las pequeñeces, las formas, si encuentra en el fondo algo bueno, y útil; porque siempre es mejor algo bueno, y aun algo malo, que la muerte de todo movimiento.

El que teniendo la conciencia de su fuerza, no se presenta al campo de los combates, armado de una crítica filosófica, hija de la meditación y del estudio, sino que en las sociedades domesticas, rodeado de un auditorio de mugeres ó de hombres que valen menos que ellas, se complace en criticarlo todo, en echarla de fuerte, en hacerse el bráculo de los ignorantes; ése es un vil, Eugenio, un alevoso, que tranquilo sobre la imbecilidad de su público, despedaza impunemente los sacrificios ajenos, que él no es capaz de sentir, ni practicar, porque su amor propio se lo prohíbe.

El que no ha puesto ni una sola piedra para la construcción del gran templo de nuestra civilización, ese no debe criticar, porque á él le cae todo el peso de la crítica.

El que por temor de perder su fama de sabio, de erudito, no hace nada por nuestra mejora social, ese no debe criticar, porque es un egoísta.

El que todo lo desprecia, porque lo cree malo, ese no debe criticar, porque es un necio, un Quijote.

El que ha encerrado su juicio dentro de los estrechos límites de una época muerta, ese no debe criticar porque no es crítico competente.

El que no entiende que la misión de la crítica es de muerte, de destrucción, ese no debe criticar, cuando empieza los trabajos que nos han de llevar á un mundo que apenas imaginamos, porque no comprende la verdadera misión de la crítica.

Hízme el favor ahora de decirme Eugenio, si el artículo que te he escrito te gusta; si te gusta, hazme saber, si no te gusta, hazme saber también, pero que tanto ama tu lengua; has pensado en alguno de los puntos que te acabo de indicar; si te has colocado en la precisa condición en que se halla tu patria, y estudiado con profundidad los medios de alzarla á la felicidad de que carece. No, no lo has hecho nunca, no lo harás hoy mismo, porque una mano mas pesada que el plomo oprimió tu alma; tu amor propio, tu egoísmo, tú... basta amigo... perdona; ¡ojala fueras tú solo el que merece esta fección!!

—Pero.....

—¡Pero!... maldito!!—Déjame, Eugenio, no hables hoy... te escucharé cuando se halla disipado la nube que me cubre.—Vamos, la tarde es bella.

E.

BOLETIN COMICO.

CARACTERES.

Estos caracteres son tan generales, que nadie podría decir:—este soy yo, sin ser un zonzó; ni dejar de serlo tampoco, diciendo:—aquí no hay nada mio.

A D. Petardo no se le puede decir como está Vd; por que esta pregunta, que las mas veces se arroja como cosa perdida, se le convierte á él en substancia. La toma á la letra y por supuesto no hay temor de quedar sin respuesta; él nos impondrá, hasta los mas remotos detalles de un fuerte cólico de que acaba de escapar: de las causas remotas y próximas que han podido producirlo, de como no puede ponerse al abrigo de estas peligrosas influencias, por sus numerosos compromisos, atenciones, tareas, &c., &c; de los resultados infaustos que habrían sucedido á su desastrosa muerte, felizmente evitada. Y no hay quien le diga á D. Petardo.—Sr. Grosero, á nadie le importa que haya Vd. estado malo, ni que lo esté actualmente, ni que esté muerto tambien: Vd. no vale nada, ni para la Patria, ni para la ciencia, ni para nadie: Vd. es un pobre diablo; ¡por donde se puede figurar que haya interés en saber los detalles de sus achaques tan insignificantes como su vida y su muerte!—Conteste Vd.—es'oy bueno, aun cuando esté muriéndose, si no quiere pasar por un hombre insoportable, objeto del terror y de la fuga de todo el mundo. Solo á los hombres como Napoleon se puede oír con gusto la narración de sus mezquindades.

—Y Vd, D. Serafino, Vd. no puede oír hablar de nada, sin traerme inmediatamente un cuento al caso: Vd. no puede vivir sino contando; todo lo cuenta Vd., hasta sus mas insignificantes pequeñeces, Vd. no dice un juicio sobre nada, ni tuyo, ni ajeno; se diria que Vd. es irracional al ver el ningún uso que Vd. hace de su razon:—pues, Señor que me sucedió....—pues Señor que salí....—pues Señor que fui....—pues Señor que le dije, que me dijo, que le contesté; y de aquí no hay quien lo saque á Vd. Si al menos contase Vd. con alguna rapidéz, con alguna gracia; y no que todo, de pe á pa de cuanto ha sucedido lo ha de contar, y tampoco una, sino mil veces, y siempre del mismo modo. Vd; no abstrae, no compendia, no reduce, no dice lo que hay en substancia, sino que comienza desde lo mas remoto, como el Génesis.—“En el principio crió Dios el cielo y la tierra.” De modo que Vd. nos fatiga, nos dá sueño, nos mata: Vd. es insoportable D. Serafino, cuando empieza á contar, es decir, toda su vida. Yo le diré

como cuenta Vd; para decir que está herido en una mano, dice Vd.:—“Pues Señor, ayer á eso de medio dia pasaba por el Café de Catalanes, y se me antojó entrar. Ha de advertir Vd., que yo jamas entro al Café, porque á pesar de que siempre he sido muy afecto al billar, que es un juego tan lindo, como Vd. sabe, y mucho mas para los que lo entendemos un poco, desde que me casé, tengo por costumbre almorzar en casa: Mercedes no quiere almorzar sola, me ruega que la acompañe, me engaña con sus menadas, ya Vd. la conoce, y cada dia está peor. Allí encontré á Pepe que estaba tomando un panal, con Anastasio el hijo de la viuda de Peñalves. Apenas entré, ya oí que me decian de atrás, porque yo entré distraído, como ando siempre, ya Vd. conoce mi cabeza, oí que me gritaban.—“Serafino, Serafino!” di vuelta y me encontré á Pepe. Me acerqué y me hizo sentar y llamó al mozo y me pidió otro panal; y ya comenzamos á embromar: esto fué embromar y embromar que cuando acordé eran ya las tres: le diga, Pepe son las tres y en casa se come á las dos; me voy.—Luego hace una hora que han comido; vente conmigo; Serafino, vamos á comer á casa!—Me instó, me rogó, me molió y tuve que ir. Pobre Pepe! somos intimos desde chiquitos. Anduvimos juntos en la escuela; su madre tenia estrechos conmigo; nos mandaba á jugar á la calle apenas iba yo á su casa. Pues Señor, que cominos, que conversamos, que embromamos, que dormimos la siesta, que nos levantamos, que tomamos mate y nos vestimos. En esto pasa uno de estos que pane cristales; y dice Pepe:—hombre deseando estaba uno de estos gringos—y abrió la ventana y le dijo—schil schil! y dió vuelta el gringo y vino. Eran grandes los cristales, y dijo—Es preciso echarlos un poco. Sacó el diamante y coró uno: me acerqué y de puro curioso, ya sabes lo que yo soy, tomé el diamante. Entonces me dijo Pepe, “á que no sabes cortar un vidrio.”—“Y le dije: á que sí sé.” Tomé el diamante y rayé; y al tomarlo para partirlo se me escapó, y al bajarlo me corté en esta mano que tengo ahora.”—Hijo de Sataná; y en dos palabras no podias decir toda esa boberia, sin acumular sobre nuestra paciencia tanta ociosidad que para maldita la cosa viene al caso. Vete Demonio; y ojalá no fuera sino tuyo este maldito vicio: raro es el viejo y la vieja, y el mozo y la moza que no se te parezca.

—Eh!... Aquí está otro que no sabe hablar de sí propio. Este es Don Yó. Yó para tolo, Yó en todas cosas, y siempre Yó. Yó tengo una fortuna.... V. no sabe lo que soy Yó.... Yó soy la criatura mas rara..... Solo Yó me entiendo.—Es la fraseología constante de Don Yó.

El yó es odioso, ha dicho Pascal; el yó es ridículo, ha dicho Nodier, pero Don Yó no lee ni á Pascal ni á Nodier. Y aunque los leyese, él siempre diria;—“Con esto no tengo que ver Yó.” Se puede calcular la necesidad de un hombre facilmente por el número de yoes que emplea por minuto en una conversacion ordinaria: porque todo necio, todo zonzó, todo grosero, todo hombre sin crianza empieza y acaba todas sus frases por el vocablo yó.

—Véanlo á D. Ceferino. Trae setenta años sobre las espaldas, y setenta mil canas sobre la cabeza, y setenta mil necedades dentro de la cabeza. Para él no hay nada bueno en estos tiempos, ni religion, ni ciencia, ni riqueza, ni moral: todo esto pereció con la era de oro de nuestros Virreyes; y si no lo confia él así, á lo menos lo siente así Devorado de envidia y de cólera contra la superioridad de la juventud que no puede contentarse, no pudiendo comérsela, gasta á lo menos con ella una severidad de bronce, que él traduce hipócritamente en un interés puro por sus progresos. Todo jóven que sabe algo y dá esperanzas, nunca carece de alguna tacha por la cual no sea para él un jóven malo, licencioso, temible. Ea teniendo uno toda la rudeza suficiente para hacerle caso, on celebrando con carcajadas vulgares sus gracias necias, en abriendo la boca á sus enormes barbarismos, ya es uno el jóven mas cumplido, mas instruido, mas hábil, mas digno de servir de norma y de esperanza para todos.

—Ahora reparen Vdes. en el lector: tiene tal vez de todos estos caracteres: es tal vez otro D. Serafino, otro D. Yó. Sin embargo, él se quedará riendo de ellos, ponderando su exactitud y aplicándolos á sus distintos amigos.

Así son siempre los lectores necios, es decir, casi todos los lectores:—encuentran exacto lo que ven censurado: cuidan de aplicarlo á los demas; pero ni por el pensamiento les pasa la sospecha de que á ellos tambien pueden ser aplicables.

Triste condición la nuestra! Que no ha de ser posible corregir á un hombre con preceptos generales, sino que ha de ser necesario decirle:—Vd. es un necio, un impertinente, un torpe, un mal hombre: lo cual es lo mismo que decirle:—Desde hoy ya es Vd. mi mortal enemigo, sin dejar por eso de ser todo lo que es.

FIGARILLO.

(Artículo tomado de la Mada de Buenos Aires.)

CUASI.

PESADILLA POLITICA.

Hay hombres que dan su nombre á su siglo, hombres privilegiados que nacen, y ven ya al nacer, que calculada la fuerza de cuanto los rodea, y la suya propia, saben hacer á la primera tributaria de la segunda; que se constituyen manivales de la gran máquina en que los demas no saben ser mas que ruedas. Dan el impulso, y su siglo obedece; mueren, y queda de ellos como del sonido del tam-tam una larga vibración que hace mas notable el silencio que les sucede. Hombres fascinadores, como la serpiente, que hacen entrar cuanto miran en la periferie de su atmósfera; hombres reverberos, cuya luz se proyecta toda al exterior sobre los demas objetos y les dá vida y color. Son los grandes mojones que el Criador coloca á trechos en la creación para recordarla su origen; por ellos se ha dicho sin duda que Dios ha hecho el hombre á su semejanza.

Sesostris, Alejandro, Augusto, Atila, Mahoma, Tarmur-bec, Leon X, Luis XIV, Napoleón!!! ¡Dioses en la tierra! Las épocas participaron de su energia y de su grandeza: en derredor suyo y á su ejemplo se produjeron, á modo de emanaciones de ellos, multitud de hombres, notables, que recorrieron como satélites su misma carrera. Despues de ellos nada. Apagado el gran meteorito vuelve á ocupar su lugar la luz natural, que en contraste suyo parece las tinieblas. Despues del coloso los enanos.

Actualmente empezamos á dejar atrás una época que tendrá nombre; el último hombre reverbero ha desaparecido. Despues del hombre grande, todo hombre es chico. Muerta la notabilidad acceden las medianías: uno solo falta y se necesitan cien mil para llenar su vacío. ¡Y aun!!! Espirado el reino del hombre entran los hombres. Agotados los hechos nacen las palabras.

Si habrá épocas de palabras, como las hay de hombres y de hechos. ¡Si estaremos en la época de las palabras!

Acababa de hacer estas reflexiones, cuando sentí sobre mí, algo, mas fuerte que yo; oí sin ver, y mudé de sitio sin andar.

—Vén conmigo, dame la mano. ¡Vés esa mancha enorme que se estiende sobre la tierra, y crece y se desparama como la gota de aceite que ha caído en el papel de estraza? Es la segunda Babel. Estás sobre París. Mira los mortales de todos los países. Cada cual se apresura á llevar allá una piedra para contribuir al loro edificio. ¡No oyes ya la confusión de las lenguas? El inglés, el

aleman, el español, el italiano, el... ¡Babel la nueva! Empiezan á no entenderse. Ya en una ocasión se han tirado unos á otros á la cabeza los materiales de la grande obra: el suelo ha salido de madre como un río de su alveo; las casas se han desmoronado... era el amago de la confusión, de la no inteligencia. ¡Una cadena nos pesa! dijeron y en vez de añadir: ¡Fuera cadena! clamaron; ¡Otra que no pese! ¡Risum teneatis? El lobo los comía, y en lugar de comerse ellos al lobo, se comieron unos a otros. Raro modo de entenderse. Corrió la sangre, y hoy están como estaban. ¡La gran Babel!

Sube á lo mas alto, y oirás el ruido inmenso, el ruido del siglo y de sus palabras, y oiras sobre todas ellas la gran palabra, la palabra del siglo.

—Lo que veo es los hombres, muy pequeños en verdad; pero la distancia sin duda....

—¡Ba! De aquí no se vé mas que la verdad. ¡Los ves pequeños? Ahora es únicamente cuando los ves como ellos son. De cerca la ilusión óptica (esta es la verdadera física) te los hace parecer mayores. Pero advierte que esas figuras que semejan hombres, y que ves bullir, empujarse, oprimirse, retorcerse, cruzarse y sobreponerse, formando grupos de vida como los gusanos producidos por un queso de Roquefort, no son hombres tales, sino palabras. ¡No oyes el ruido que se exhala de ellos?

—¡Ah!

—Palabras del derecho, palabras del revés, palabras simples, palabras dobles, palabras contrahechas, palabras mudas, palabras elocuentes, palabras-monstruos. Es el mundo. Donde veas un hombre, acostumbrate á no ver mas que una palabra. No hay otra cosa. No precisamente á palabra por barba, tampoco. Despacio. A veces en uno verás muchas palabras, tantas, que aquel solo te parecerá cien mil hombres; en cambio de otras veces, y será lo mas común, donde creas ver cien mil hombres, no habrá mas que una palabra.

Mira las palabras de dos caras, palabras-bifrentes, Janos: son las palabras de honor, llamadas así por apodo: segun te necesiten las verás del bueno ó del mal frente. A su lado las palabras-promesas, palabras-manifestos, palabras-mancas, regularmente coronadas, siempre escuchadas y creidas: pero tan ambilateras como las otras: palabras-cañales, endurecidas, incorregibles, que han de arrancarse de raíz si han de dejar de doler.

¡Ves esa multitud de figurillas que se agitan, se muerden, se baten, se matan: : :? La palabra Honor. ¡Ves ese sin número, machedumbre armada, toda erizada y hos-

til? Lo llamáis ejército, y no es mas que ambición: palabra-monstruo, briares, palabra-puerco espín, llena de puas: palabra porcebe, toda patas y manos. Mira que de furiosos; teas encendidas, sangre, saqueo, confusión: todo ese ruido son nueve letras: Fanatismo, palabra-loco de atar; sin embargo, nadie la ata.

¡Ah! Aquí viene la palabra-arlequin, la palabra-carnaleon. ¡Qué de faces, que soltura! Todos corren tras ella; inutilmente. Mira como la quiere coger la palabra pueblo, gran palabra. La primera tiene ocho letras libertad. Siempre que pueblo va á cogerla, se meto entre las dos, la palabra-promesa, la palabra-manifesto; pero la palabra pueblo es de las que llamé palabras-contrahechas; ciega, sordomuda, se deja guiar é interpretar, sin hacer mas que dárlo cuando en cuando palo de ciego; como no ve, dá ciento en la herradura, y ninguno en el clavo: por lo regular se dá á sí misma.

Pero toda ese vano ruido se apaga y se confunde. ¡Sitio, sitio! ¡Plaza, plaza! La gran palabra, la nuestra, la de nuestra época, que lo coge y lo atruena todo. En ella se cifra nuestro siglo de medias tintas, de medianías, de cosas á medio hacer: de todas las palabras que reinan en figura de hombres y cosas por allá bajo, esta es en el día que reina sobre todas. Cuasi. Esa es toda del siglo XIX. Obsérvala; á cada una de sus facciones le falta algo: no es mas que un perfil: ni está de pié, ni sentada; en un pié, palabra-grulla. Ni vá ni viene: palabra quevedo. Vestida de blanco y negro, día y noche. Mas breve: palabra quasi, quasi-palabra.

Empecemos por aquí. Mira al suelo perpendicularmente. A tus piés está la Francia. Un pueblo quasi libre la ocupa. En otro siglo hubiera hecho una revolución entera, como la hizo: en este no ha podido hacer mas que una quasi-revolución; en el tono un quasi-rey, que representa una quasi-legitimidad. Una Cámara quasi-nacional que sufre en el país de nuevo una quasi-censura, quasi-abolida, por la quasi-revolución: un proceso quasi-monstruo, juzgado por un quasi-tribunal: unos acusados quasi escapados de su prisión: una gran nación quasi descontenta, y otra conmoción política quasi próxima.

¡Qué véis en Bélgica? Un Estado quasi-naciente y quasi dependiente de sus vicios, otro quasi-rey y un quasi dote de su esposa, que quasi ha cobrado.

Mira la Italia: Tantos estados quasi, como ciudades; quasi presa del Austria. La antigua Venecia quasi olvidada. Un supremo Pontífice, en el día quasi pobre, y sin

mas influencia que la espiritual, despues de haber realizado siglos enteros la quimera de la Monarquía universal.

Vuelvete al Norte. Pueblos quasi bárbaros, regidos por un Emperador quasi déspota en un país quasi despoblado y desierto. En Alemania los pueblos quasi mas civilizados, con un gobierno quasi absoluto, quasi temperado por sus dietas, iustituciones quasi representativas. En Holanda, una nación quasi toda mercantil y navegante, un rey quasi rabioso y cuyo poder quasi se desmorona.

En Constantinopla mismo, un imperio quasi agonizante, una civilización quasi naciente y un sultan quasi ilustrado con costumbres quasi europeas.

En Inglaterra, una industria y un comercio, monopolio quasi del mundo; un orgullo nacional quasi insufrible; y otro quasi-rey que no decide quasi nada, y una mayoría quasi Wght. Un gobierno quasi oligárquico, que tiene la audacia de llamarse liberal.

En Portugal, una quasi-nación, con una lengua quasi castellana, y recuerdos de una grandeza quasi borrada. Un enlace real quasi próximo, despues de una definición régia quasi reciente, un quasi ejército y una quasi protección á España, de quasi seis mil hombres, quasi todos portugueses.

En España, primera de las dos naciones de la península (es decir de la quasi-insula) unas quasi-instituciones, reconocidas por quasi toda la nación: una quasi Vendée en las provincias con un gefe quasi imbécil; y una quasi-libertad de imprenta, y conmociones aquí y allí quasi parciales; un odio quasi general á unos quasi hombres, que quasi solo existen ya en España. Cuasi siempre regida por un gobierno de quasi medidas. Una esperanza quasi segura de ser quasi libres algun día. Por desgracia muchos hombres quasi malos. Una quasi-ilustración repartida por todas partes. Una quasi-intervención, resultado de un quasi tratado, quasi olvidado, con naciones quasi aliadas. Un modo de guerrear en las provincias quasi incomprehensible. El quasi en fin en las cosas mas pequeñas. Canales no acabados; teatro empezado; palacio sin concluir, museo incompleto, hospital fragmento, todo á medio hacer: : : hasta en los edificios el quasi.

Por último, tiende la vista por do quiera: una lucha quasi eterna en Europa de dos principios; Reyes y Pueblos, y el quasi triunfante de ella, y resolviendola con su justo medio de tener quasi-Reyes y quasi Pueblos. Época de transición y de transacción; representaciones quasi nacionales, déspotas quasi populares; por todas partes un justo medio, que no es otra cosa que un gran quasi mal disfrazado.

—Oh!! dejadme respirar por Dios; estoy *cuasi* mareado.

Plutarco ha dicho que los pueblos serian felices *cum reges philosopharentur, aut cum philosophi regnarent*. Respetando la opinion de Plutarco, yó me atrevería á decir que los pueblos no serán nunca felices, ni mas ni menos que los individuos que los componen. Pero pudieran al menos ser *hombres* y ser *pueblos*, si no fueran en el dia *cuasi nada*. Luchando entre principios contrarios, sufren el tormento del que descuartizan cuatro caballos que corren en direcciones opuestas.

Mas hombres y mas cosas, menos esperanzas y menos palabras.

Concluido este *cuasi* sermón cesé de oír: y á poco cesé de ser: dejado de la mano del ser fantastico que me sostenia sobre Babel la nueva, volví á caer en París, donde me encontré rodando entre la confusion de palabras vestidas de frac y de sombrero, que á pié y en coche recorren las calles de la gran capital. Volví á ver los hombres de nuevo, grandes, como son: y abrí los ojos buscando mi *Cicerón*.

No ví nada sino el gran *Cuasi* por todas partes.

FIGARO.
(De D. M. J. Larra.)

PROYECTO

De un nuevo método de musica ambulante.

Entre los papeles viejos de una persona curiosa, se ha encontrado el siguiente fragmento, que por la gracia y originalidad con que está escrito, podrá muy bien ser leído con gusto.

Las *siete notas* podrán espresarse del modo siguiente.

Do: los parásitos, cuando llega la hora de comer. (1)

Re: los porfiados.

Mi: los egoistas.

Fá: los que hacen poco, ó nada, y lo ponderan mucho.

Sol: los ricos mientras tienen dinero.

La: las muchachas en las ventanas.

Si: las solteras, cuando se les vá pasando el tiempo, y se les presenta algun pretendiente.

FIGURAS.—*Semibreves*: los ancianos. *Minimas* los procuradores en causas ajenas. *Seminimas*; los encarga-

(1) El orden que parece ha seguido el autor en estas comparaciones, es la significacion de la palabra, su analogia por el sonido, ó los efectos que produce la música.

dos de asuntos indiferentes. *Corcheas y semicorcheas*; abogados y escribanos, cuando tienen causas propias. *Fusas*; los muchachos siempre que tienen algun asunto entre mano. *Semifusas*; llanto de mugeres que pasa con velocidad.

Sostenidos.—Pobres orgullosos.

Bemoles y becuadros.—Compañía de suegros y de yernos, que tan pronto alzan el grito como hajan la cabeza.

Apoyaturas.—Gente que tiene dinero, y no *don*.

Arpeggios.—Cuentas de apoderados.

Tresillos.—Abogados, procuradores y escribanos.

Ligaduras.—Medicos y boticarios.

Fugas y escalas.—Los pretendientes.

Calderones.—Memoriales en que enumeran méritos *ad libitum*.

Puntillo.—El de ciertas personas que sin causa ni mérito quieren ser solas las atendidas.

Da capo.—Los pretendientes que refieren cincuenta veces la misma cosa.

Trino.—Conversacion de enamorados que se componen de dos puntos muy batidos; quererse, y pedir celos.

Crescendo.—Desdeñarse de hablar con los de su clase.

Calando.—Los que tratan con los de su clase, á quienes ni siquiera se dignaban mirar.

Pausas.—Los perezosos y dormilones.

Compases de espera.—Los deudores, cuando se les llega el plazo.

Compases.—*De cuatro tiempos*.—Los que no hacen mas que comer, dormir, hablar de todo, y entender de nada.—*De dos tiempos*.—Los que hablan mucho, y concluyen siempre sus conversaciones pidiendo prestado.—*De dos por cuatro*.—Los que deben, y suelen pagar algo.—*De doce por ocho*.—Los abogados por sus escritos, y los medicos por sus recetas.—*De veinte y cuatro por doce*.—Los caseros y los prestatistas.—*De tres tiempos y sus derivados*.—Los que tienen poco, quieren gozar de todo, y gastan mas de lo que pueden.

Aires y movimientos.—*Fugas*.—Los tramposos cuando divisan á su duende. *Magestuoso*.—Hombres con muchos diges, y que no tienen que comer.—*Largo*.—Los que carecen de monises.—*Marcha*.—Aquellos que se olvidan de sus amigos, cuando los levanta la fortuna. *Alegro*; las muchachas cuando se les presenta casorio. *Presto*; los que van á cobrar dinero. *Prestissimo*; los que por cualquier motivo huyen el cuerpo; los que huyen de las mugeres en cuanto se trata de boda.

Tonos.—*De Mi mayor*: los cómicos con fama.—*De Mi menor*: los protegidos delante de los protectores.—*De Si con sostenidos*: los convidados de toda especie.—*De Si menor*: los que reciben regalos.—*De Sol mayor*: las viejas en sus conversaciones.—*De Sol menor*: las madres, cuando tienen alguna hija que colocar.—*De Dó sostenido*: los amantes que quieren ir ó pasar por casa de su ninfa.—*De Dó menor*: los ociosos, ó que no tienen destino fijo.

Recitado.—Plegaria de pretendientes.

Aria.—Conversacion de habladores.

Aria coreada.—Cuando habla alguna persona, y apenas concluye, todos se apresuran á glosar lo que ha dicho, y á murmurar de ella, si se vá.

Plegaria.—Las muchachas por boda, y las viejas por lo mismo.

Coro.—Tertulia de mugeres.

Nocturno.—Cancion de solteras, cuando se les vá pasando la edad.

Metrómono.—La *Revista*, que indica á cada uno el tono en que canta, y al que no le sigue, le dá su merecido.

(Revista Española.)

LA PATA DE PALO.

Voy á contar el caso mas espantable y prodigioso que buenamente imaginarse puede, caso que hará erizar el cabello, orripilarse las carnes, pasmar el ánimo y acobardar el corazon mas intrépido, mientras dure su memoria entre los hombres y pase de generacion en generacion su fama con la eterna desgracia del infeliz á quien cupo tan mala y tan desventurada suerte. ¡O cojos! escarmentad en pierna ajena y leed con atencion esta historia, que tiene tanto de cierta como de lastimosa; con vosotros hablo, y mejor diré con todos, puesto que no hay en el mundo nadie, á no carecer de piernas, que no se halle espuesto á perderlas.

Erase que en Londres vivian, no ha medio siglo, un comerciante y un artifice de piernas de palo, famosos ambos: el primero por sus riquezas y el segundo por su rara habilidad en su oficio. Y basta decir que ésta era tal, que aun los de piernas mas ágiles y ligeras envidiaban las que solia hacer de madera, hasta el punto de haberse hecho de moda las piernas de palo con grave perjuicio de las naturales. Acerto en este tiempo nuestro comerciante á romperse una de las suyas con tal perfeccion, que los cirujanos no hallaron otro remedio mas que cortársela, y aunque el dolor de la operacion lo tuvo á pique de espirar, luego que

se encontró sin pierna no dejó de alegrarse pensando en el artifice, que con una de palo le habia de librar para siempre de semejantes percances. Mandó llamar á Mr. Wood al momento (que éste era el nombre del estupendo maestro pernero), y como suele decirse, no se le cocia el pan, imaginándose ya con su bien arreglada y prodigiosa pierna, que, aunque hombre grave, gordó y de mas de cuarenta años, el deseo de experimentar en sí mismo la habilidad del artifice, le tenia fuera de sus casillas.

No se hizo éste esperar mucho tiempo, que era el comerciante rico y gozaba renombre de generoso.

—Mr. Wood, le dijo, felizmente necesito de su habilidad de V.

—Mis piernas, repuso Wood, están á disposicion de quien quiera servirse de ellas.

—Mil gracias; pero no son las piernas de V. sino una de palo lo que necesito.

—Las de ese género ofrezco yó, replicó el artifice, que las mias, aunque son de carne y hueso, no dejan de hacerme falta.

—Por cierto que es raro que un hombre como V. que sabe hacer piernas que no hay mas que podir, use todavia las mismas con que nació.

—En eso hay mucho que hablar; pero al grano: V necesita una pierna de palo ¿no es eso?

—Cabalmente, replicó el acaudalado comerciante, pero no vaya V. á creer que se trata de una cosa cualquiera, sino que es menester que sea una obra maestro, un milagro del arte.

—Un milagro del arte ¡eh! repitió Mr. Wood.

—Si señor, una pierna maravillosa y cueste lo que costare.

—Estoy en ello; una pierna que supla en un todo la que V. ha perdido.

—No señor, es preciso que sea mejor todavia.

—Muy bien.

—Que encaje, bien, quo no pese nada ni tenga yo que llevarla á ella sino que olla me lleve á mí.

—Será V. servido.

—En una palabra quiero una pierna... vamos, ya que estoy en el caso de elegirla, una pierna que ande sola.

—Como V. guste.

—Con que ya está V. enterado.

—De aquí á dos dias, respondió el pernero, tendrá V. la pierna en casa y prometo á V. que quedará complacido.

Dicho esto se despidieron, y el comerciante quedó entregado á mil sabrosas imagiaciones y lisongeras esperanzas.

zas, pensando que de allí á tres días se vería provisto de la mejor pierna de palo que hubiera en todo el reino unido de la Gran Bretaña. Entre tanto nuestro ingenioso artífice se ocupaba ya en la construcción de su máquina con tanto empeño y acierto, que de allí á tres días, como había ofrecido, estaba acabada su obra, satisfecho sobremodera de su adelantado ingenio.

Era una mañana de mayo y empezaba á rayar el día feliz en que habían de cumplirse las mágicas ilusiones del desvernado comerciante, que yacía en su cama muy ageno de la desventura que le aguardaba. Faltábale tiempo ya para calzarse la prestada pierna, y cada golpe que sonaba á la puerta de la casa retumbaba en su corazón.—Ese será, se decía á sí mismo; pero en vano, porque antes que su pierna llegaron la lechera, el cartero, el carnicero, un amigo suyo y otros mil personajes insignificantes, creciendo por instantes la impaciencia y ansiedad de nuestro héroe, bien así como el que espera un frac para ir á una cita amorosa y tiene al sastrero por embustero. Pero nuestro artífice cumplía mejor sus palabras, y ¡ojalá que no la hubiese cumplido entonces! Llamaron, en fin, á la puerta, y á poco rato entró en la alcoba del comerciante un oficial de su tienda con una pierna de palo en la mano, que no parecía sino que se le iba á escapar.

Gracias á Dios, exclamó el banquero, veamos esa maravilla del mundo.

—Aquí la tiene V. replicó el oficial y crea V. que mejor pierna no la ha hecho mi amo en su vida.

—Ahora veremos. Y enderezándose en la cama, pidió de vestir, y luego que se mudó la ropa interior mandó al oficial de piernas que le acercase la suya de palo para probarla. No tardó mucho en calzarse. Pero aquí entra la parte más lastimosa. No bien se la colocó y se puso en pie, cuando sin que fuerzas humanas fuesen bastante á detenerla, echó á andar la pierna de por sí sola con tal seguridad y rapidez tan prodigiosa, que á su despecho hubo de seguirle el obeso cuerpo del comerciante. En vano fueron las voces que este daba llamando á sus criados para que le detuvieran. Desgraciadamente la puerta estaba abierta y cuando ellos llegaron ya estaba el pobre hombre en la calle. Luego que se vió en ella ya fúé imposible contener su ímpetu. No andaba, volaba, parecía que iba arrebatado por un torbellino, que iba impelido de un huracán. En vano era echar atrás el cuerpo cuanto podía, tratar de asirse á una reja, dar voces que le socorriesen y detuvieran que ya tomia estrellarse contra alguna tápica, el cuerpo seguía á remolque el impulso de la alborotada pierna; si se esforza-

ba á cogerse de alguna parte corría peligro de dejarse allí el brazo, y cuando las gentes acudían á sus gritos ya el malhadado banquero había desaparecido. Tal era la violencia y rebeldía del postizo miembro. Y era lo mejor que se encontraba algunos amigos que le llamaban y aconsejaban que se parara, lo que era para él lo mismo que tocar con la mano el cielo.

—Un hombre tan formal como V., le gritaba uno, en calzoncillos y á escape por esas calles ¡eh! ¡eh!

Y el hombre maldiciendo y jurando y haciendo señas con la mano de que no podía absolutamente pararse.

Cual le tomaba por loco, otro intentaba detenerle poniéndose delante y caía atropellado por la furiosa pierna, lo que valía al desdichado andarín mil injurias y picardías. El pobre lloraba; en fin desesperado y aburrido se le ocurrió la idea de ir a casa del maldito fabricante de piernas que tal le había puesto. Llegó, llamó á la puerta al pasar, pero ya había traspuesto la calle cuando el maestro se asomó á ver quien era. Solo pudo divisar á lo lejos un hombre arrebatado en alas del huracán, que con la mano se las juraba. En resolución, al caer la tarde, el apresurado varón notó que la pierna lejos de afijar aumentaba en velocidad por instantes. Salió al campo, y casi exánimo y jadeando acertó á tomar un camino que llevaba á una quinta de una tía suya que allí vivía. Etaba aquella respetable señora con más de 70 años encima tomando té junto á la ventana del *parlour* (1), y como vió á su sobrino venir tan chusco y regocijado corriendo hacia ella empezó á sospechar si habría llegado á perder el seso, y mucho más al verle tan desahonestamente vestido. Al pasar el desaventurado cerca de su ventana le llamó y muy seria empezó á echarle una exortación muy grave acerca de lo ageno que era en un hombre de su carácter andar de aquella manera.

—¡Tía! ¡tía! También V! respondió con lamentos su sobrino pernaligero.

No se le volvió á ver más desde entonces, y muchos creyeron que se había ahogado en el canal de la Mancha al salir de la isla. Hace no obstante algunos años que unos viajeros recién llegados de América afirmaron haberle visto atravesar los bosques del Canadá con la rapidez de un relámpago. Y poco hace se vió un esqueleto desarmado, vagando por las cumbres del Pirineo con notable espanto de los vecinos de la comarca, sostenido en una pierna de palo. Y así continúa dando la vuelta al mundo con increíble pres-

(1) Cuarto bajo ó locutorio.

teza, la prodigiosa pierna sin haber perdido aun nada de su primer arranque, furibunda velocidad y movimiento perpetuo.—J. DE E.

(Del Artista.)

EL PADUNA POURANA

Máximas principales del *Paduna Pourana*; libro sagrado de los Pariahs, acerca de la bella mitad del género humano; á presencia de las cuales, mudan de color las que Arnolpho hizo leer á la jóven Inés, en la *Escuela de la mugeres*.

Primera.—Sobre la tierra no hay otro Dios para una muger que su marido.

Segunda.—Que sea el marido viejo, contrahecho, asqueroso, brutal, ó que gaste toda su fortuna con las concubinas, su muger debe esmerarse, no menos en tratarlo como á su señor, su soberano, su Dios.

Tercera.—Una criatura femenina, es hecha para obedecer en todo tiempo. Como hija debe encorbarse ante su padre como muger ante su marido, y como viuda ante sus hijos.

Cuarta.—Toda muger casada, debe evitar cuidadosamente poner la menor atención en los hombres que están dotados de ventajas físicas y morales.

Quinta.—Una muger no puede ponerse á comer con su esposo, gloriándose de alimentarse de sus sobras.

Sesta.—Si su esposo ríe, ella reirá; si él llora, ella llorará.

Septima.—Toda muger, cualquiera que sea su rango, debe barrer la casa todas las mañanas, recoger la bajilla, y preparar ella misma los bocados agradables á su marido.

Octava.—Para agradar á su señor, debe bañarse todos los días en agua pura y fresca; después en agua de ambar; peinar se y perfumarse la cabellera; pintarse el borde de sus párpados con antimonio, y delinear sobre su frente alguna señal roja.

Novena.—Si su marido está ausente, debe ayunar, acostarse sobre la tierra y abstenerse de toda compostura.

Decima.—Luego que llegue el marido, debe ir triunfalmente delante de él, y darle una cuenta exacta de su conducta, de sus conversaciones y de sus pensamientos.

Undécima.—Si él la regaña, ella debe darle gracias por sus buenos avisos.

Duodécima.—Si él la azota, ella debe recibir paciente-

mente la corrección, después tomarle las manos y besarlas respetuosamente, pidiéndole perdón por haber provocado su cólera.

Muchos hombres se complacerán con la lectura de las máximas que preceden, y desearían su práctica, tal vez; pero nosotros apasionados y conocedores de los encantos que prodigó naturaleza en nuestras mugeres repugnamos con todas nuestras fuerzas al *Paduna Pourana*. Nosotros que en nuestra patria sufrimos la misma suerte de aquella raza proscripta; léjos de adoptar esta parte de su libro sagrado tribuámos nuestra admiración y respeto al sexo de la tez de rosas, repitiendo con Diderot, que cuando se habla de las mugeres: se debe mojar la pluma en los colores del iris, y esparcir sobre los caracteres trazados, el dorado polvillo que cubre las alas de la bella mariposa.

(Del Vapor.)

UNA CONFESION.

Era de noche. El último reflejo del moribundo sol penetraba en la iglesia por entre sus pintados vidrios, y silencio imponente reinaba en el templo del señor.

Una candorosa niña, de tal'e esbelta, ligera mas que el aire y en traje de vestal, se adelantaba lentamente y con los ojos clavados en el suelo; la timidez daba más realce á sus mejillas coloradas como un albrichigo en sazón.

Dirigióse esta interesante criatura hacia el tribunal de la penitencia, presidido por un anciano sacerdote.

Arrodíbase la penitente en el confesonario, y reza sus oraciones preparatorias con mal segura voz.

Empieza en seguida la retalia de pecados veniales primero por los de menos bulto y reservando para el fin los más enormes y graves; tales como el robo de las manzanas de la superiora, una que otra mentirilla para evitar el castigo, y tal cual rabieta que tomara por injustas reprobaciones.

Y de repente vació, y hundiéndose los ojos en tierra cerró sus labios.

Vemos hija mía, dicele el viejo confesor; continúa; no te cortes no te de vergüenza. Compra con una confesion sincera la absolución de tus pecados.

Padre, responde, la tímida pábula, No me atrevo.

Animábala el cura; pero ella con sus manos se cubrió el rostro, y las lágrimas saltaban por entre sus delicados dedos.

—Vaya, hija mía no te afijas que á todos alcanza la

misericordia del Señor. ¿Has leído algún libro malo?—No padre.

¿Has injuriado á tu padre ó á tu madre?—Ojalá fuera esp y no mar!

¿Blasfemaste contra el santo nombre de Dios?—No padre; mas que eso aun.

¿Has invocado al diablo?—No padre.

¿Te has reído en misa?—¡Ay padre! nada es eso en comparacion.

Calló un momento el confesor, que estaba ya en brazos y sobresaltado como su penitente misma. Ya no sabía tampoco que rodea pudiese dar á su interrogatorio, de miedo de sembrar en aqueila imaginacion virgen ideas todavía desconocidas. Sin embargo, era el pecado probablemente muy grave, y el confesor pensó éntes si que habría nacido amorio de por medio. Poco tardó la penitente en sacarle de semejante duda.

—Padre, le dijo, voy al fin á confesarlo todo, mas que me cueste la vida. Dios me dá fuerza para hablar; pero por sus llagas, sea V. indulgente con esta pecadora infeliz. Es la sola y primer vez de mi vida, y no sabía el remordimiento que se me habia de seguir. Pero, padre, me tentó el enemigo. ¡Era tan hermoso y de un mirar tan seductor!...

El confesor se estremeció.

—Tan dulce, tan cariñoso! continuó la penitente.

Y el cura sudaba ya como un pollo.

—¡Me queria tanto! dijo la niña.

Y frunció el confesor las cejas.

—Y luego que me seguía á todas partes era la sombra de mi cuerpo.

—Todos son así; murmuró entre dientes el anciano; pero la jóven conmovida no le oyó, y continuaba en su narracion.

—Una noche, una aciaga noche entró en mi cuarto.....

Pero, ¿sin que nada mas sucediera? preguntó sofocado el confesor.

—¡Ay padre, respondió la niña; aquí empieza mi debilidad... y mi crimen.

—Continúa, dijo el cura persignandose.

—Aquella noche estuvo él conmigo mas cariñoso que nunca: esforzose en tentarme, y yo, pecadora de mi su-
cumbi al cabo á la tentacion!

—Pero, ven acá, hija mia, ¿cómo no ha tenido mas cuidado tu madre en guarecerte contra semejantes peligros?

—Ahí tiene V.... nunca me habia prohibido mamá el acariciar á los gatos.

—¡Acábaras! Esta es ya harina de otro costal. ¿Con que ¿fué un gato el que entró en tu cuarto?

—Si padre, un gato hermoso, rollizo, grande, blanco como la nieve, que rolé á la tornera del convento.

—In nomine patris et filii et spiritus-sancti, ego te absolvo: dijo entonces vuelto del susto el confesor.

(Del mismo.)

EL BULTO VESTIDO DEL NEGRO CAPUZ

SIMANCAS—1521.

EL CAMINANTE.

El Sol á occidente su luz ocultaba,
De nubes el Cielo cubierto se via;
Furioso en los Pinos el viento bramaba,
Rugiendo agitado Pisuerga corría.

Soberbia Simancas sus muros ostenta,
Burlando la saña del fiero huracan:

Mas ¡ay del cautivo, que misero cuenta
Las horas de vida, por siglos de afan.

Por medio del monte, veloz cual la brisa,
Cual sombra medrosa, cual rápida luz,
Un bulto, que apenas la vista divisa,
Camina encubierto con negro capuz.

Mudado el semblante, la vista azorada,
Sollozos amargos lanzando sin fin,
La madre invocando de Dios adorada,
De hinojos se postra del rio al confin.

Del ave nocturna la voz agorera
De encima el castillo se deja escuchar:
Relampago rojo, con luz pasagera,
Las densas tinieblas haciendo cesar.

Dichoso mil veces! el misero esclama,
Dichoso! muralla, que en fin os miré!
Y al punto, inflamado de subita llama,
El rezo dejando, se pone de pié.

LA PRISION.

»Muchos, repetido, muy graves pecados
Los hombres hicieron y Dios se enojó:
En pena, de libres, que fueron criados,
Esclavos los hizo; tiranos les d.ó.

«Tiranos! con ellos, cadenas, prisiones,
Castillos y guerras y el potro cruel;
Tiranos! con ellos, rencor, disenciones....
¡Tremenda es la ira del Dios de Israel!

«Castilla, hijo mio, sintió el torpe yugo,
Y á fuer de briosa lo quiso arrojar,
En vano: ayudarnos al Cielo no plugo:
PADILLA el valiente cayó en Villalar.

«Nosotros Alfonso tambien moriremos;
Tambien nuestra sangre, vertida será,
¡Qué importa! Muriendo felices rompemos
Las férreas cadenas, que el mundo nos dá.»

Acuña, el obispo, patriota esforzado,
Aquel que al tirano no quiso acatar,
El cuerpo de indignas cadenas cargado,
Cual cumple á los libres, acaba de hablar.

En pié, silencioso, con aire abatido,
Mancebo, que á penas seis lustros cumplió,
Le escucha; y responde con hondo gemido,
Que el eco en la torre fugaz repitió.

«Tan bravo en las lides! Acuña le dice,
Tan bravo! y cobarde tembláis el morir....

—Teneos. Obispo: muriendo es felice
Quien solo en cadenas espera vivir.

«Morir es mas dulce, que ver como he visto,
Caer á PADILLA y á ciento con él,
Yó burlo la muerte, mas ¡ay! no resisto
De amor á los tiros, fortuna cruel!»

Oyóle el Obispo con pena y callóse:
Margúer que ordenado, tiene corazon,
Lágrima furtiva al ojo asemóse:
El jóven, su mano, besó con pasion.

EL SOLDADO.

La noche era entrada lluviosa y oscura:
Un trueno á otro trueno continuo seguía,
Velando cubierto de fuerte armadura,
La noche, un Soldado, feróz maldacia.

El puente guardaba, la puerta y rastrillo,
Con fuego y espada, y agudo puñal,
Ninguno á llegarse se atreva al Castillo,
O tema aquel brazo probar en su mal.

Con planta ligera el Puente atraviesa
El bulto vestido del negro capuz:
«Detente,» el soldado gritando le aprieta,
Le pono á los pechos su enorme arcabuz.

Mas él sin turbarse «Soldado replica,
«¿Que gloria matando pensais conseguir,
«A un mozo perdido, que asilo suplica,
«Do pueda esta noche tan sola dormir?»

«—¿Mancebo, quien eres?—Un huérfano soy;
«Guardian del castillo, yo soy trovador.
«—Tal casta de gentes, de sobra anda hoy;
«Marchad noramala, maldito cantor.»

Lloraba el mancebo: dolor era ville;
Votaba el soldado, que hacia temblar.
El uno: «doleos,» tornaba á decille;
El otro: «¿demonio, te quieres marchar?»

En tanto á torrentes el Cielo llovía,
Y un rayo no léjos del Puente cayó:
Invoca el Soldado temblando á Maria;
Inerte á sus plantas al huérfano vió.

«—Mal hora los diablos aquí te trageron!....
«Apenas respira....; Cuitado rapaz!
«Muy tierna crianza tus padres te dieron;
«Mas horas tuviste, que yó de solaz.»

LA TROBA.

En sucio y estrecho parage y oscuro
Ardiendo en el centro su medio pinar,
Sentados en torno de fétido muro,
Como diez soldados se pueden contar.

Un hombre con ellos de pardo vestido,
Hercúleas las formas, de rostro brutal,
Los ojos de tigre, mirando torcido:
Parece ministro del genio del mal.

Al par de aquel hombre, se vé suspirando
El rostro de un niño, de un angel de luz:
Verdugo, el primero que estamos mirando;
El otro, es el bulto del negro capuz.

—Que cante, que cante: le mandan á coro
Las ferreas figuras que en torno se ven;
Lanzando un bramido, terrible, cual toro,
—Que cante, el verdugo, repite tambien.

Quisiera el mancebo primero que al canto
Dar rienda á la pena, que muere de afan:
Mas, fuerza le manda; y enjuga su llanto;
Y canta, y de muerto sus cantos serán.

TROBA.

En medio de un monte fragoso
Entre encinas, colosales

De años ciento,
Templo antiguo ya ruinoso
Cercado de matorrales
Tiene asiento.

La torre, que cuando entera
Soberbia al cielo se alzaba,
Derrujida,
Ave nocturna agorera
Dó la campana sonaba
Solo anida

Crece el musgo y la hiedra
En lugar de los tapices
Recamados,
Con que los muros de piedra
Fueron tiempos mas felices
Adornados.

Por que el templo y la cabaña
Todo el tiempo lo destruye
Facilmente:
Y piensa burlar su saña,
Quien le espera y quien le huye,
Vanamente.

Un altar solo se vía
En capilla retirada
Tenebrosa
En él la Virgen MARIA
De dolores traspasada
Lacrimosa.

De una lampara de hierro
La dudosa llama inquieta
Mustia brilla;
Síguido solo de un perro
Recorre un anacoreta
La Capilla.

Y su sombra que reflaja
En la altísima techumbre
De la ruina
Fantasma fiero semeja
Mirar á la escasa lumbre
Que ilumina.

Va el solitario.....
Aqui con su canto llegaba el mancebo,
Un fraile que pasa lo manda callar,
—“Cantais; y no lejas teneis al que debo
Por la vez postrera, triste, confesar!!!”
El fraile acabando, siguió su camino:
Callóse el mancebo; y el tigre exclamó:

“Razon tiene el Padre; sin ser adivino,
“Estoy persuadido de lo mismo yo.”

—Cualquiera al mirarte, responde un soldado,

“Llegar á Simacas, pensará algun mal,

—“Un mal! por mi vida, Fortin, que has orrado:

“Mañana á mis manos muere un desleal.

“Alfonso Garcia, famoso caudillo

“Que de comuneros en Toledo fué,

“Mañana en los filos de aqueste cuchillo

“Por sus buenas obras hallará mercé.”

—“¿Mañana le matan? con ansia pregunta

“¿Mañana! el que el canto festivo entonó,

“¿Mañana! ¿es posible; y el alba despunta....

—“Verdad es: entonces hoy mismo murió.

EL BESO.

Levantán en medio de patio espacioso
Cadalso enlutado, que causa pavor:

Un Cristo, dos velas, un tajo asqueroso
Encima, y con ellos el ejecutor.

En torno al cadalso se ven los Soldados,
Que fieros empuñan terrible arcabuz,

A par del verdugo, mirando asombrados
Al bulto vestido del negro capuz

—“¿Qué tiembas, muchacho, cobarde alimañ.

“Bien puedes marcharte, y presto á mi fé,
Te faltan las fuerzas, si sobra la saña,

“Por Cristo bendito, que ya lo pensé.”

—“Diez doblas pediste, sayon mercenario

“Diez doblas cabales al punto té dí,

“¿Pretendes ahora, negarme falsario,

“La gracia que en cambio tan sola pedí?”

—“Rapáz, no por cierto ¡creí que temblabas!

“Bien presto al que odias, vorasle morir!”—

Y en esto cerrojos, se escuchan y aldabas,
Y puertas herradas se sienten abrir.

Salió el Comunero gallardo, contrito,
Oyendo al buen fraile, que hablandole vá,

En frente al cadalso miró de hito en hito,
Mas no de turbarse, señálés dará.

Encima subido, de hinojos postrado,

Al MARTIR POR TODOS oró con fervor;

Después sobre el tajo grosero inclinado:

“El golpe de muerte” exclamó con valor.

Alzada en el aire su fiera cuchilla,

Volviéndose un tanto con ira el sayon,

Al triste que en vano lidió por Castilla,
Prepara en la muerte cruel galardón.

Mas antes que el golpe descargue tremendo,
Velóz cual pelota que lanza arcabuz,

Se arroja el cautivo—;García!!! diciendo,

El bulto vestido del negro capuz.

—“Mi Blanca!!! responde; y un beso, el postrero,

Se dán, y en el punto la espada cayó.

Terror invencible sintió el sayon fiero,

Cuando ambas cabezas cortadas miró.

Pamplona, 18 de Marzo de 1835.

PATRICIO DE LA ESCONERA.

EL DESTERRADO.

(De las palabras de un creyente de Mr. Lamennais.)

El iba errante por la tierra: Que Dios guie al pobre
desterrado.

Yo he atravesado por medio de los pueblos, me han
mirado, les he mirado, y no nos hemos conocido. El des-
terrado en todas partes está solo.

Cuando yo veía al declinar el día, levantarse de la
concavidad de un valle la humareda de alguna cabaña, yo
me decía: feliz el que en la noche encuentra el hogar
doméstico, y se sienta en medio de los suyos. El desterrado
en todas partes está solo.

¿Adonde van esas nubes que precipita la tempestad?
A mí me arroja como á ellas, que importa adonde. El
desterrado en todas partes está solo.

Bollos son estos árboles, bellas son estas flores; pero
no son los árboles ni las flores de mi país: nada me dicen.
El desterrado en todas partes está solo.

Este arroyo corre blandamente por la llanura; pero su
murmullo no es el que escuché en mi infancia; no trae á
mi alma ningún recuerdo. El desterrado en todas partes
está solo.

Estos cantos son dulces, pero las tristezas y alegrías
que despiertan, no son ni mis tristezas ni mis alegrías. El
desterrado en todas partes está solo.

Me han preguntado, ¿por qué llorais? Y cuando lo
he dicho nadie ha llorado, porque no se me ha entendido.
El desterrado en todas partes está solo.

Yo he visto ancianos rodeados de sus hijos, como el
olivo de sus retoños, pero ninguno de esos ancianos me ha
llamado su hijo, ninguno de esos hijos me ha llamado su
hermano. El desterrado en todas partes está solo.

Yo he visto jóvenes, sonreirse, con una sonrisa tan pura
como la brisa de la mañana, con aquel á quien su corazón
había elegido por esposo; pero ni una sola me ha sonreído á
mí. El desterrado en todas partes está solo.

Yo he visto jóvenes, entrecarse pecho contra pecho,
como si de sus dos vidas no quisieran sino hacer una; pero
ni uno solo ha cerrado mi mano. El desterrado en todas
partes está solo.

No hay amigos, esposas, padres, ni hermanos sino en
la patria. El desterrado en todas partes está solo.

¡Pobre desterrado! Cesa de gemir; todos están des-
terrados como tú; todos van pasar y desvanecerse padres,
esposas, hermanos, amigos.

La Patria no está aquí abajo; el hombre la busca en
vano; lo que el toma por ella no es mas que la morada de
una noche.

El vá errante por la tierra. ¡Que Dios guie al pobre
desterrado!!

TRIBUNALES.

La justicia es algunas veces severa y terrible para el
crimen; pero cuando los Magistrados que han de ejercerla
saben con sus virtudes personales templar su necesario ri-
gor; cuando su corazón no se arroja á ver en todo acusado
un criminal; cuando recuerdan que su objeto es mas protec-
tor que verdugo de la humanidad infeliz ó extraviada;
cuando saben apreciar en su justo valor los diferentes casos
y posiciones de los criminales, entonces la justicia tan seve-
ra puede tomar formas paternales y conciliadoras para con
la inocencia, el infortunio ó el error. La causa siguiente,
vista recientemente en el tribunal correccional de París, es
un ejemplo de esta consoladora verdad.

El jóven Grasse, de edad de 7 años, se halla sentado
en el banco de los acusados. Su figura sería bonita si no
se echase de ver en sus facciones flacas y fatigadas, en su
téz cubierta de amarillenta palidez y en sus ojos amortigua-
dos y abatidos, que aunque tan jóven ha luchado ya largo
tiempo con la miseria y el hambre.

Acúsasele de haber robado algunos pedazos de azúcar
en la tienda de un mercader.

El Presidente. Querido mio, ¿por qué ha robado V.
azúcar? ¿Es V. goloso?

Grasse. ¡Ah! no señor, pero... mamá no me dá pan
y yo había cogido esa azúcar para vender y comprar pan.

El Presidente. ¿Y no trabaja V. en nada?

Grasse. Si señor; he trabajado algun tiempo en extender papel en casa de un fabricante de papel pintado: pero tuve que dejarle cuando mamá fué al hospital; desde entonces no gano nada; todos me dicen que no soy bastante grande aun para trabajar.

Introdúcese en seguida á la madre del acusado: su extrema delgadez, su tez livida anuncian una vida de padecimientos y privaciones; rodea su cabeza un mal pañuelo de color; compónese su vestido de varios retazos de mal casados colores: obsérvase sin embargo en su conjunto cierto aseo: es la miseria, sí; pero esa miseria que inspira interés y que no es hija del vicio.

El Presidente. ¿Por qué no reclama V. á su hijo? ¿Tan malo es por ventura?

R. ¡Ah! no, señor presidente; pero en cualquier parte estará mejor que en mi casa, porque no siempre tengo pan que darle.

El Presidente. ¿Cual es su profesion de V.?

R. Señor, yo soy cordonera; mi hija y yo ganamos diez sueldos al dia, y no siempre tenemos trabajo.

El Presidente. ¿Y por que no trata V. de colocar á su hijo en alguna parte?

R. Hace algunos meses que tuve que ir al hospital; me llevé á mi hijo conmigo. Pusieronle en el hospicio; pero cuando yo salí del hospital, no le pudieron tener mas tiempo allí; en aquella casa se habia hecho á comodidades que en mi casa no puede encontrar: tenia cama, y en casa nos acostamos yo, mi hija y el sobre un jergon, sin una manta siquiera: allá hacia dos comidas, y en casa no siempre tiene pan; no estaba acostumbrado ya á nuestra vida. Yo bien hubiera querido colocarle de nuevo en casa de su antiguo amo; pero no habia lugar ya para él.

El Presidente. ¿No es usted casada?

R. Soy viuda, señor Presidente. Juan Carlos Grasse, mi pobre marido, era cantero, y es un oficio tan malo! ¡Mi pobre marido era tan bueno! El Señor se sirvió llamarle á sí. (Llora amargamente.)

Llábase á Mr. Mazet, fabricante de papeles pintados, en cuya casa trabajó el joven Grasse.

El Presidente. ¿V. conoce á ese niño; ha trabajado en su casa de V.?

R. Si señor; algunos meses; ocupó unos 30 muchachos en mi fábrica.

El Presidente. ¿Y no podría V. admitir uno mas? Ya ve V. su miseria.

R. Sí: però si despues de haber salido de mi casa se ha vuelto vago y aragan, me guardará muy bien.

La madre, (con viveza): No señor, no, ha venido conmigo al hospital; hásele puesto en el hospicio y despues ha trabajado en casa.

El Presidente. Será una obra de caridad; por otra parte estoy seguro que trabajará con esmero. ¿Trabajará V.? ¿No es verdad, amiguito?

Grasse, (limpiandose las lágrimas con la manga): Si señor, si me quieren dar trabajo y pan.

M. Mazet. En ese caso no deseo otra cosa, sino emplearlo.

El Presidente: Señora, obligue V. á su hijo á trabajar: dele V. buenos consejos, ya que desgraciadamente no puede V. darle otra cosa: cosa triste es para una madre! El tribunal absuelve á Grasse.

El Presidente. M. Mazet, V. hace una buena accion y el tribunal le dá á V. el parabien.

He aqui en el joven Grasse absuelto y tratado con dulzura á un hombre conquistado á la sociedad, en el mismo momento en que se iban á romper acaso para siempre los fragiles vínculos que con ella la enlazaban. Hubiérase enviado al joven Grasse á una casa correccional: el hastío hubiera sido el sentimiento producido en su corazon: exasperada su alma se hubiera lanzado por misantropía, por venganza, en el camino del mal: cerrada para él la puerta á todo remedio, el que hubiera entrado desgraciado solo en un presidio, hubiera salido de él criminal.... ¡Llor á los magistrados que saben tener presente que no es siempre el hombre el primer fautor del delito, sino muchas veces la sociedad misma que le rechaza!

(Revista Española.)

ANECDOTAS.

—Una Señora le decia á otra: "Tienes un hijo muy hermoso, pero me parece demasiado triste."—En efecto! (replicó la otra) lo he querido quitar esa mala mañana á fuerza de azotes, y ni por esas se alegra."

—Comiendo un dia con sus amigos un recién casado, á quien por la suerte habia tocado una muger coqueta, se quejaba de un dolor en un lado; y prescribiendo un medicamento, que estaba en la mesa, cierto remedio, se opuso otro de los concurrentes diciendolé. "No, no Señores: el enfermo de lo que se queja es de un dolor de su costilla."

(Periodicos Europeos.)